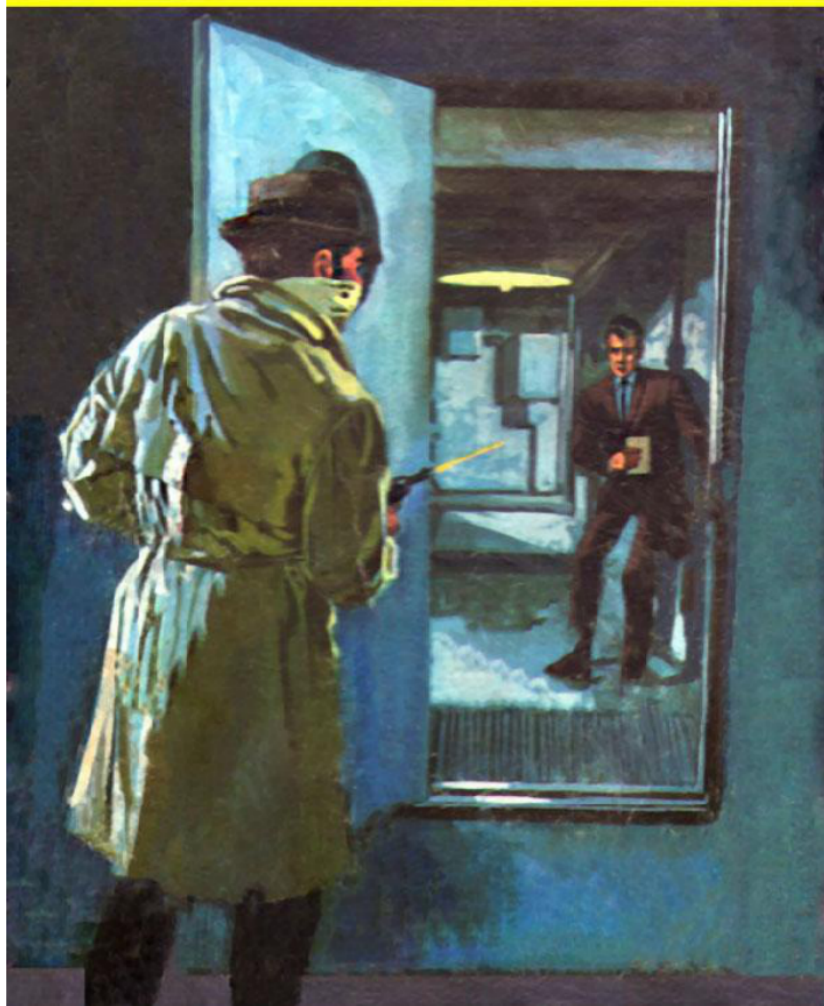


BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

muerte para un locutor

joe mogar



COLECCION

PUNTO ROJO



JOE MOGAR

MUERTE PARA UN LOCUTOR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 404
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 41.680 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: enero, 1970

© JOE MOGAR, 1970
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:
1.013 — Llamada a un pistolero.

En Colección BUFALO:
393 — Alias, Pistol Kendal.

En Colección SERVICIO SECRETO:
991 — Muerte para una rubia.

En Colección CALIFORNIA:
345 — Un garito de cuervo.

En Colección SALVAJE TEXAS:
620 — Un ranchero peligroso.

En Colección COLORADO:
625 — Un *gun-man* en la noche.

En Colección KANSAS:
586 — «Dificultades» John.

En Colección BRAVO OESTE:
451 — El misterio de la colina.

En Colección PUNTO ROJO:
398 — Asesinato en Central Park.

En Colección ASES DEL OESTE:
555 — Un disparo en la bruma.

PRÓLOGO

El coche, un largo y negro sedán, se estaba acercando rápidamente a la Calle 53 Oeste, en el Distrito V.

Hora, la una y cincuenta y cinco minutos de la madrugada.

Era un coche como otro cualquiera de los muchos que circulaban de día y de noche en un sentido y otro por las calles neoyorquinas.

Un automóvil que, en apariencia, nada tenía de particular.

Lejos de allí, en pleno Distrito V, la emisora de radio de la DWD, estaba disponiéndose a cerrar sus emisiones del día.

Hora, las dos en punto de la madrugada.

Anthony Gruber estaba consultando su reloj de pulsera.

Un minuto, sesenta segundos, y el trabajo agotador de aquel día se habría terminado.

Primero, desde las seis de la mañana hasta las tres de la tarde. Luego, un ligero descanso de un par de horas, y vuelta a empezar.

No es que le tocara el turno hasta aquella hora, pero la repentina indisposición de otro de los locutores le había obligado a sustituirle durante aquel día y cualquiera sabía durante cuántos más.

Cuarenta y cinco segundos.

Fuera del locutorio, en la sala de controles, alguien empezaba a apagar las luces.

Pronto sólo quedaría encendida la del lugar donde quedaba él, que apagaría después de salir del locutorio mediante el interruptor general.

Fuera, en la calle, el negro sedán continuaba acercándose a buena velocidad pero siempre procurando no contravenir las leyes del tráfico.

Pero eso, si todo salía bien, tenía tiempo de hacerlo más tarde.

Dentro, en la estación emisora de radio, todo había terminado.

Anthony Gruber se encontraba solo.

Los micrófonos estaban mudos.

Los interruptores en sus lugares pertinentes, cosa que comprobó una vez más de una rápida ojeada, propia de lo que era, un experto.

Las ondas del éter, durante el resto de la noche permanecerían calladas, guardando celosamente el secreto de lo que ocurriera dentro de la emisora, si es que en realidad sucedía algo.

Anthony Gruber.

Un buen locutor donde los hubiera.

El mejor, según la mayoría de los habitantes de Nueva York, donde se le escuchaba a diario desde las nueve de la mañana hasta las diez, en un programa especial.

Un tiempo demasiado corto para la mayoría.

Todo un tipo dicharachero y jovial, dentro de la emisora, con el micrófono en las manos.

Un tipo sin problemas, al decir de las gentes.

Pero no era cierto ni mucho menos.

Anthony Gruber.

Tony para los amigos, que se contaban por cientos o por miles.

Un hombre sin un solo enemigo, claro que aquello no se sabía.

En las sombras de Nueva York, el sedán desembocaba en aquel momento en la Calle 53 Oeste.

En el interior de la emisora, completamente solo. Gruber se disponía a hacer su último trabajo del día el cual en otra ocasión hubiera hecho a las diez de la mañana.

Un trabajo sencillo y que le agradaba.

Recoger cartas.

Cartas, correspondencia que recibía a diario por docenas.

Algún que otro paquete conteniendo tal o cual regalo postales, etcétera.

La caja de puros estaba allí.

La acababa de recibir aquella misma tarde, después de su hora radiofónica, sin tiempo, claro está, para pronunciar cualquier frase o broma al respecto.

Le gustaba fumar puros, como a cada quisque, claro, pero más que esto en sí, lo que le gustaba era el regalo fuera cual fuese.

Lo agradecía.

Gruber terminó con la correspondencia, tomó la cartera, la abrió, la guardó en su interior, cerrando la cremallera y lanzó una

nueva mirada a la caja de puros «Romeo y Julieta. Made in Havana».

Eso decía.

Una buena marca de habanos.

Sonrió y alargó la mano para tomarla.

Lo hizo y la examinó.

Una caja de metal que los contenía.

De cualquier clase de metal barato.

Metal blanco.

Pero ¿qué diablos importaba si se trataba de aluminio, duraluminio o algo análogo?

Nada, absolutamente nada.

Aquello no contaba; lo que verdaderamente le interesaba era su contenido.

Volvió a sonreír, y sin dejar de hacerlo la guardó en el bolsillo, lanzó una nueva y fugaz mirada al interior del locutorio y se volvió en redondo hacia la chirriante puerta de salida.

Cualquier día que se acordara, si antes alguno de los radioyentes no tenía la ocurrencia de mandarle por correo una aceitera, engrasaría aquellos goznes.

Se volvió pensando en aquello, y entonces fue cuando le vio.

Frente a él, bajo el umbral de la puerta, silencioso, mortífero. Y se sobresaltó.

No por la «Germán Luger» que le estaba apuntando al pecho ni por el intruso en sí, sino porque se sorprendió por algo que no esperaba en modo alguno.

Conocía a algunas chicas que llevaban medias; es decir, la mayoría de ellas enfundaban las más o menos preciosas piernas en aquel artículo, también más o menos caro, pero el tipo que tenía frente a sí se las ponía al revés.

Es decir, sólo llevaba una, y en la cabeza, con lo que sus facciones quedaban en el más completo misterio.

Gruber sacudió la cabeza.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó sin perder su habitual sonrisa, como si en vez de encontrarse ante una automática de feo aspecto estuviera delante del micrófono, que ahora quedaba a su espalda.

A su pregunta siguieron unos segundos de silencio hasta que el

intruso lo rompió.

—La caja de puros, amigo —dijo.

—¿Qué...?

—Vamos, pronto, no deseo perder más tiempo. Vi cómo se la guardaba en el bolsillo de la americana. ¿Me la da?

A Thony no le cabía la idea de que nadie, pistola en mano, tratara de arrebatarse una simple caja de raros y estalló:

—¡Oiga! ¿Es que está usted loco? Por una simple caja...

—¿Me la da?

Fue entonces cuando pensó que allí tenía que haber algo más.

Nadie se arriesga tanto por algo tan simple.

Desde luego había algo más, un detalle, un pequeño e insignificante detalle que vio casi al instante en que tuvo el paquete en las manos. Un detalle que nada le dijo entonces, pero ahora saltaba a sus ojos con fuerza arrolladora.

Gruber acercó la mano al bolsillo de la americana.

Casi al instante oyó la voz ronca a través de la media:

—Con cuidado, o le volaré los sesos. No lo olvide.

Gruber introdujo la mano y la sacó con la pequeña caja de metal entre sus dedos crispados.

—Tome —dijo—, ¡y lárguese al cuerno!

Aquello no era su programa, los micrófonos estaban mudos, desconectados, y ahora podía hablar como le viniera en gana.

Por otra parte, y en honor a la verdad, estaba perdiendo la calma, debido a que allí, delante de sus ojos, estaba viendo algo que no comprendía y que tal vez no comprendería nunca, porque nadie iba a decírselo ni mucho menos.

Y fue precisamente cuando alargaba la mano para entregarle la caja, el momento justo en que Gruber cometió el último error de su vida.

Sin querer darse cuenta de la automática que le apuntaba al pecho, alargó la mano derecha que sostenía la caja, y cuando su oponente alargaba su izquierda para tomarla, disparó su mano hacia arriba.

El tipo recibió el golpe a un lado del rostro, retrocedió de espaldas hasta que tropezó con una de las paredes y Gruber se le vino encima, pero no llegó ni a tocarle, porque en aquel momento el otro apretó el gatillo.

Gruber se detuvo en seco mientras que la potente detonación parecía estremecer el pequeño locutorio hasta sus cimientos, para a continuación salir fuera, hacia el pasillo, camino de la puerta de la calle, cuando la realidad no fue ésa ni mucho menos, ya que rebotó de pared en pared hasta que se extinguió por sí misma dentro de un lugar hecho completamente a prueba de sonido; vaciló sobre sus pies y se derrumbó pesadamente.

El asesino miró alrededor, suspiró satisfecho, se inclinó, tomó la caja, la guardó en uno de los bolsillos, volvió a mirar en torno, abrió la puerta del locutorio, buscó el interruptor general, lo bajó sumiendo la emisora en tinieblas y alumbrándose con una linterna no más gruesa que un lápiz de bolsillo, y tome la dirección de la puerta.

Tres minutos más tarde, el sedán se despegaba del bordillo de la acera y avanzó rápidamente buscando la salida de la Calle 53 Oeste para después perderse a todo gas por entre el intenso tráfico de la urbe.

En la emisora, en el interior del locutorio, un casquillo de bala del «45», en el suelo, junto al cuerpo terriblemente quieto de Anthony Gruber.

CAPÍTULO PRIMERO

Me encontraba mirando las piernas de mi secretaria cuando llamaron al teléfono.

Y continué haciéndolo a pesar de eso, porque aquello se me antojaba mucho más interesante que las molestias que pudiera ocasionarme cualquier estúpido mediante aquel chisme que sólo fue inventado para molestar, o para dar malas noticias, pongo por caso.

Por otra parte, Eve, mi secretaria, estaba alargando la mano hacia el auricular.

Inclinándose sobre mí con lo que su pródigo escote quedó ante mis ojos.

Me eché a sudar y ella, mientras se lo colocaba en el oído, consciente del porqué sudaba, me sonrió.

—¿Sí...? ¿Dígame...?

Guardé silencio mientras ella escuchaba.

Unos segundos, y la oí contestar:

—Si es aquí...

Continuó escuchando unos cuantos segundos más y me alargó el auricular.

—Es para ti, Dick —dijo.

Ése soy yo, Dick Forrester.

Un tipo como otro cualquiera.

Amigo de los dólares, de las mujeres, sean de la clase que sean, de los buenos licores, entre ellos el whisky escocés... y de las rubias.

Sobre todo de las rubias, si llevan minifalda y tienen buenas piernas.

Como las de Eve, mi secretaria.

Tal vez por eso ella es morena y de ojos negros. Un verdadero BOMBON, con mayúsculas.

Así de claro o de espeso, porque ella también usa minifalda.

Tomé el auricular desviando los ojos de donde los tenía por lo

que dejé de sudar; ella se apartó un poco y me miró un tanto burlona por entre sus entornadas y kilométricas pestañas negras con tonalidades azules.

Lo mismo que su pelo, corto, como formando sobre su hermosa cabeza un bello casquete.

Pegué el auricular al oído.

La boca roja, de labios gordezuelos y húmedos, y sobre sus redondos hombros la friolera de veinte años.

Estrecha la cintura y suaves las caderas y las piernas, casi siempre cubiertas de medias de nylon, negras y caladas. Los pies, chiquitos, como los de una muñeca, calzados con zapatos de más de ocho pulgadas de tacón.

Un sueño de mujer.

O una pesadilla de chiquilla.

Escuché sin dejar de mirarla.

Pícaramente Eve acababa de cabalgar una de sus piernas sobre la otra. Púdicamente clavé mis ojos en la ventana y pregunté:

—Dick Forrester al habla —dije—. ¿Quién es?

—Usted no me conoce, pesquisa, pero deseo verle.

Voz de mujer.

Con resonancias de campanas de cristal. Voz de mujer joven. Voz educada, acostumbrada a hablar por teléfono o a través de cualquier chisme de esos que sirven para molestar a cualquiera..., según en qué casos.

—¿Quién es usted? —pregunté.

No hubo respuesta en unos segundos y cuando acuita vino a mi oído se tradujo en una pregunta:

—¿Dónde puedo verle a usted, míster Forrester?

Fruncí el ceño.

Frente a mí, los obsesionantes ojos negros de mi secretaria chispeaban.

—Venga a mi oficina —dije.

—Nada de eso —respondió. Hubo una pausa que dar; segundos y al fin ella continuó—: ¿Sabe dónde se encuentra el Bahía, míster...?

—Sé dónde está —interrumpí.

—En ese caso, le espero a usted. —Debió de hacer un breve cálculo mental, ya que añadió al cabo de unos cuantos segundos de

silencio—: Si sale de su oficina ahora mismo, dejando a esa preciosidad de secretaria que tiene, podremos encontrarlos dentro de media hora.

Me sorprendí.

Por lo de Eve, claro.

—Me temo —dije cautamente—, que si no se explica un poco mejor, no voy a poder hacer nada, ¿comprende? No me gusta perder el tiempo.

—Ni a mí tampoco, pesquisa —fue la seca respuesta que me llegó a través del auricular—. Por tanto le empero en el...

La interrumpí.

—Será mejor que no lo haga, porque no voy a ir.

Hice ademán de colgar y ella gritó:

—¡Espere!

Lo hice.

—¿Sí...? —pregunté.

Hubo unos instantes de silencio y a continuación le decir:

—Se trata de un asesinato, míster Forrester. Compre cualquier periódico de Nueva York y sabrá de que se trata, ya que lo publican todos los diarios de la mañana. Luego, si no lo desea, no venga.

—¿Quién es usted? ¿Por qué no viene aquí? Creo que será lo más fácil...

A su vez me interrumpió:

—Por el momento no lo deseo, míster Forrester, aunque no lo comprenda. Lea el periódico y venga. Yo... le estaré esperando durante una hora, al cabo de la cual, si no se ha presentado, me iré.

—¿Cómo la reconoceré?

—Soy rubia natural —dijo—, y llevo minifalda.

Aquello, según mi propia opinión, era mucho más interesante que el asesinato del que me hablaba.

—Hay muchas rubias en Nueva York, y con minifalda —dije—; por tanto...

Una vez más me interrumpió:

—Seguro, pesquisa —respondió con absoluto desparpajo—, pero piernas como las mías no las tiene ni su secretaria.

Colgó mucho antes de que pudiera responder, y me enfrenté con los ojos de Eve.

—¿Qué quería esa pájara, Dick? —preguntó.

—¡Eve!

—¡Dick! —se burló—. Bueno, ¿qué era lo que deseaba?

—Se trata de un asesinato, según dijo.

—¿Y...?

Curvé el dedo para llamarla.

—Ven aquí y te lo diré.

Descabalgó la pierna, respiré más tranquilo, y se me acercó sin dejar de mostrarme sus dientes pequeños e iguales, exageradamente blancos, en una abierta y simpática sonrisa.

Se me acercó, repito, pero no mucho.

Eve se detuvo a menos de una yarda del sillón donde me encontraba sentado, me miró arqueando una de sus negras cejas y me señaló acusadoramente con uno de sus deditos.

—Si va a darme un beso, jefe, voy a tomarlo como una petición formal de matrimonio, ¿comprende?

—¿Sí...? —Me estremecí sin poderlo evitar y continué—: Aun así, querida, voy a hacerlo. ¿Vienes tú o me levanto yo?

No hizo falta que lo hiciera.

Vino a mi lado, se sentó sobre el brazo del sillón, rodeé su cintura y unos segundos después la besé.

Al terminar, sin abandonar el brazo del sillón, me miró por entre las entornadas pestañas.

—¿Es o no es una petición de matrimonio, jefe? —preguntó.

—¡Cuernos, preciosa! ¡Claro que no!

—¡Ya decía yo! —Hizo una mueca y añadió—: Es usted... un... un...

—Un fresco —la ayudé—. ¿No era eso lo que iba a decir?

—Si no eso —respondió con perfecta calma— si algo muy parecido y quizá peor.

No quise indagar más al respecto.

Me puse en pie.

Eve abandonó el brazo del sillón y me miró fijamente.

—Te marchas, ¿verdad? —preguntó innecesariamente, pues ya lo sabía.

—Sí, claro.

—¿Dónde?

—Al Bahía —respondí—. Un club de la Quinte Ave...

—No te esfuerces, Dick, que ya sé dónde está.

No respondí.

Di media vuelta y me encaminé hacia la puerta, pero cuando llegué, Eve me pisaba materialmente los talones.

La abrí.

Y al hacerlo ella preguntó:

—¿Volverás tarde?

Hice una mueca.

—Eso es algo que no sé, Eve querida —dije—. Por tanto, si no regreso a la hora, cierra la oficina y vete a tu casa. —La miré un tanto burlón y pregunté—: ¿Te casarías conmigo si te lo pidiera, querida?

Arqueó una ceja.

Era obvio que se encontraba sorprendida, pero su sorpresa duró muy poco, ya que casi al instante la vi sonreír.

—Pídemelo formalmente, pesquisa, y quizá te dé una sorpresa.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Porque quizá no acepte. Me gusta el empleo, la forma en que me miras..., que no es ni mucho menos como un jefe mira a su secretaria, pero aún no sé si sirves para marido.

No quise contestar a aquello.

Era mejor dar la callada por respuesta y salir, que era lo que hice a continuación sin darle tiempo a que pronunciara una sola palabra más.

Alcancé la calle.

Pensando y consultando el reloj al mismo tiempo.

Una hora.

Sesenta minutos de los cuales ya habían transcurrido quince.

Crucé la calle, me acerqué al coche, abrí la portezuela y me situé frente al volante.

«Compre uno de los periódicos...»

Eso era lo que me había dicho por teléfono.

Me encogí de hombros pensando que no merecía la pena perder el tiempo, tal vez ni con el periódico ni con ella.

Di el encendido y embragué sin dejar de pensar es todo aquello y en lo extraña que me resultaba aquella llamada..., si es que no se trataba de una broma de mal gusto.

El convertible, un «Mercedes Benz», se despegó de la acera y empezó a rodar abandonando la Calle 17 en su camino hacia

Broadway y de allí a la Quinta Avenida.

Un club lujoso y caro, aunque cualquiera podía entrar en él a pleno día, sin la rubia de marras, claro, pero lo peor del caso es que la rubia se encontraba dentro, con un asesinato a cuestas.

O por lo menos eso fue lo que me dijo.

Y algo sobre Eve.

¿De qué la conocía?

¿Cómo sabía que Eve era..., era... un bombón de mujer con minifalda, sin mayúsculas?

No lo comprendía.

Y continué sin entenderlo cuando estacioné el «Mercedes» frente a la acristalada puerta del Bahía.

Entonces, y una vez más, consulté el reloj.

Cuarenta y cinco minutos justos.

Faltaban, pues, quince para que la rubia se largara de allí.

Descendí del coche, crucé la amplia acera, empujé la acristalada puerta y de un modo repentino me vi en el interior del club.

Al fondo el largo mostrador, vacío a aquella hora, la estantería llena de botellas de todas clases, y el barman.

Uno solo.

Más que suficiente dado lo escaso de la clientela, aunque por la noche era hartamente diferente. Las muchachas fotógrafos, las camareras, las busconas de alto copete, las parejas danzando en la encerada pista, moviéndose como serpientes en el interior de un foso, las atracciones, mujeres en su mayoría...; y tal vez algunas cosas más, inconfesables todas.

Miré alrededor, avanzando ya hacia la barra.

Un par de clientes, hombres, en una de las mesas, y una rubia allá al fondo, junto a una de las ventanas, que tuvo que estar contemplando la calle a través de la misma hasta que yo llegué, y que ahora me observaba a mí.

Continué hacia la barra.

Aquella podía ser o no la que me llamara por teléfono. Si lo era, vendría a mi lado. Eso también era obvio para mí.

Terminé de acercarme, tomé uno de los altos taburetes, me senté, y pedí mucho antes de que el barman me preguntara:

—Póngame un *whisky*, por favor.

El tipo empezó a servirlo sin pronunciar, pero mirándome

curiosamente, como preguntándose qué diablos hacia un individuo como yo en un club como aquél, aunque fuera a plena luz del día.

Feo que es uno, claro.

Miré a través del espejo.

La rubia estaba abandonando la mesa.

Se acercaba.

Y llevaba minifalda, la más corta que yo había visto en mi vida.

Miré sus piernas.

Si fue ella la que llamó, tenía toda la razón cuando dijo que como las tuyas no las vería jamás... si no en aquellas palabras, sí en otras que tenían el mismo significado para mí.

Más cerca ya, y sin dejar de observarla, me di cuenta de que la minifalda que llevaba puesta era especial.

Yo diría que en edición de bolsillo, pero no lo juraría.

Ojos grandes, intensamente azules, rasgados, casi oblicuos, nariz fina, boca quizá un poco grande pero de labios rojos.

No sonreía, pero venía directamente hacia donde me encontraba.

Veinte a veintidós años, pero ni uno más.

Me entraron ganas de beberme el *whisky* de golpe, pero no lo hice.

Esperé.

Y esperando, aparté mis ojos del limpio y pulido espejo y los fijé en el vaso, Como si del fondo de éste reviera que venir para mí el aliento que empezaba a faltarme a medida que ella se acercaba.

No me moví ni la miré cuando tomando uno de los taburetes se sentó a mi lado.

Miró lo que yo estaba bebiendo, clavó sus azules en el barman que se acercaba sonriente y pidió:

—Póngame un «manhattan», por favor.

Voz educada...

La misma voz que me hablara por teléfono no hacía mucho.

Me volví a mirarla, de pies a cabeza, con todo descaro.

Me sonrió inesperadamente y preguntó:

—Míster Forrester, ¿verdad?

—Sí, así es —respondí.

Siguió una ligera pausa mientras continuaba observándola, que ella cortó:

—Si deja de mirar mis piernas de ese modo, pesquisa inteligente, creo que nos entenderemos.

La miré con sorpresa.

—¿Y si continuó de este modo...? —aventuré.

Su bonita sonrisa se amplió mientras apartaba los ojos de los míos para mirar su vaso que a continuación tomó.

—Puede que ocurra una catástrofe —afirmó un tanto secamente—. Vamos, deje de mirarme de ese modo y hablaremos. Es decir, ¿dónde prefiere hacerlo, aquí, o en otra parte?

—Eso lo dejo a su gusto, *miss*...

—Sandra Warren, pesquisa. Soltera, veintidós años, sin compromiso, mido uno...

Levanté la mano con la palma hacia afuera, en antigua usanza india, y *miss* Warren se interrumpió.

Entonces repetí:

—¿Dónde quiere que la lleve?

Ella hizo un delicioso mohín con los labios.

—Podemos sentarnos en una de esas mesas y después ya veremos.

Asentí en silencio.

La verdad es que me encontraba intrigado a pesar de no demostrarlo.

Me sorprendía la rubia, su minifalda en edición de bolsillo y su escotada blusa.

Me atraían sus ojos chispeantes, su desparpajo en el hablar y su petición final «... y luego ya veremos».

¿Una promesa?

Me llamé estúpido cuando hice una seña al barman y salté del taburete al suelo mientras ella me imitaba. Entonces la prendí del brazo, a la altura del codo y me encaminé hacia una mesa del fondo, lejos de los clientes.

Junto a aquélla la solté, acerqué una silla y con un gesto indiqué que se sentara.

Lo hizo, y aparté mis ojos de sus piernas.

Era... lo que se llama completamente irresistible el encanto maravilloso que emanaba de ella, y lo que era peor, es que *miss* Warren lo sabía.

Hice lo propio y la miré a los ojos.

Sonreían, pero a pesar de ello, en lo más profundo de sus bellas pupilas sorprendí algo de angustia.

—No me gusta que me toquen, pesquisa —dijo al serrado siguiente—. Pero por ahora vamos a dejar las cosas así, ¿verdad?

El diablo la entendía, pero yo no.

No obstante, a pesar de pensarlo así, no se lo dije.

Sencillamente me limité a responder:

—Habló de un asesinato, *miss* Warren —dije—, ¿quién es el muerto?

Su bello rostro de muñeca rubia se nubló.

—Un amigo —replicó—. Un buen amigo mío.

—¿Cómo sabe que le mataron?

Hizo un mohín y me miró como aquel que ve por primera vez delante suyo a un bicho muy raro, o al habitante de otro planeta.

—¿Y usted es uno de los pesquisas más inteligentes de Nueva York?

No lo era ni mucho menos, pero tampoco quise sacarla de su error, y desviando los ojos tomé el vaso empecé a beber sin que ella dejara de observarme silencio.

CAPÍTULO II

Al terminar, para soltar el vaso sobre la mesita que anteriormente nos trajera el barman, pensando en si habría que sacarle las palabras del cuerpo con sacacorchos, pregunté:

—Correcto, *miss* Warren; y ahora, ¿quiere decirme cómo se llamaba el muerto?

No me lo dijo.

En vez de eso formuló una pregunta:

—¿No lee los periódicos, querido?

Me cargué de paciencia.

—Casi nunca —afirmé un tanto fríamente y la sonrisa que me dedicaba se borró de sus labios de coral—. Por tanto, hoy tampoco lo he hecho, lo que para usted puede que resulte sorprendente, ¿verdad?

No respondió a mi pregunta.

No dijo nada en algunos segundos, en el transcurso de los cuales tomó su «manhattan» y bebió hasta mediar el vaso.

Entonces lo hizo:

—Anoche asesinaron a Anthony Gruber —dijo. Fruncí el ceño.

—¿Dónde diablos he oído yo ese nombre?

Miss Warren hizo como si no me había oído y yo continué pensando, hasta que de un modo repentino estallé:

—¡Cristo! ¡No me diga que mataron a ese..., ese locutor de la DWD del Distrito V! ¿Cómo fue?

—De un tiro, hecho sin duda con una automática de gran calibre.

La miré fijamente.

—¿Por qué le asesinaron, *miss* Warren? —pregunté—. Si supiera eso, pesquisa, no estaría aquí —fue la respuesta que obtuve de ella, y que me apabulló.

Pensé rápidamente, hasta que respondí:

—Cuéntemelo todo, ¿quiere?

Vaciló por espacio de unos segundos y quizá por no perder la costumbre o por el simple hecho de ser mujer, rubia y hermosa por añadidura, formuló una nueva pregunta:

—¿Qué es lo que desea saber, míster Forrester?

—Todo lo que usted sepa, *miss* Warren. Es decir, sus amistades, dónde se encontraba cuándo le mataron, su familia, si había o no una mujer... y sobre todo, qué fue lo que dijo la policía.

Y al formular aquella petición final lo hice pensando en el teniente Chasse Donovan del Departamento de Homicidios.

Frunció el ceño.

—Nada —dijo después—. Nada en lo que respecta a la policía, pesquisa. Se limitó a hacer unas cuantas preguntas, a mandar por la ambulancia y luego se lo llevaron a la Morgue. Eso es todo.

—¿Qué amistades tenía?

Se echó a reír cuando contestó, pero sus ojos estaban serios:

—¿Tony...? ¡Las tenía a cientos o a miles, pesquisa! Tony era todo un tipo y ahora... le liquidaron. ¡Cuernos, pesquisa! —estalló sin ningún respeto hacia su condición de mujer—. Si algún día tropiezo con el tipo que lo hizo...

No terminó con la frase, y a mi juicio tampoco hacía falta.

—No me refiero a eso y usted lo sabe, *miss* Warren —repliqué—. Quiero conocer el nombre y la dirección de los que se codeaban con él, de sus íntimos, ¿comprende?

Asintió en silencio y luego, ante mi sorpresa, denegó coa la cabeza.

—Por esa parte tampoco irá a ninguna parte, pesquisa.

—¿No...? ¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que los amigos de Tony sus íntimos como usted dice, pertenecen a la radio. A la 3WD, ésos, para mí, están fuera de toda duda.

No quise insistir sobre el tema, pero sí pedí:

—No obstante, para mi tranquilidad, y si de verdad desea que me haga cargo del caso, tendrá que darme el nombre de algunos... y contestar a algunas preguntas más.

Me miró suspicaz.

Como si de antemano supiera lo que iba a preguntarle.

—Desembuche, pesquisa —fue lo que dijo—. Le estoy

escachando.

Vacilé unos segundos y al final solté la pregunta:

—¿Qué relaciones la unían a Tony Gruber, *miss* Warren?

Sus ojos chispearon.

—La de dos buenos amigos.

—¿Nada más?

Achicó los ojos y me miró por entre las tupidas; largas pestañas rubias.

—Si lo que desea preguntarme es si Tony Gruber era mi amante, voy a decirle que no.

—¿Y es verdad?

Hizo ademán de ponerse en pie, vaciló un poco pero permaneció donde estaba.

—Es cierto, pesquisa.

No repliqué.

De nuevo pensaba, hasta que Sandra Warren rompí el hilo de mis pensamientos con una nueva pregunta.

—¿Va a hacerse cargo del asunto, *míster* Forrester?

Me interesaba.

Aquella era la verdad.

Me interesaba tanto como pudieran atraerme las piernas cubiertas de nylon de mi rubia acompañante, y lo que me estaba ocultando.

—De acuerdo, *miss* Warren..., si me dice qué desea que haga yo.

Abrió mucho los ojos y por unos segundos estuve tentado de desviar los míos, pero no lo hice.

—Creí..., creí que ya lo sabía usted, pesquisa —replicó. Hizo una pausa sin que yo dijera nada y añadió—: Quiero al tipo que lo hizo, ¿comprende? Descúbralo, haga con él lo que quiera, pero no repare en gasto —hizo una nueva pausa y prosiguió—: En cuanto a su honorarios...

La interrumpí con un gesto.

—De eso hablaremos más tarde, *miss* Warren —dijo.

—De eso vamos a hablar ahora, tipo inteligente —retrucó—. ¿Comprende? Le daré cinco de los grandes Tres mil quinientos dólares para usted y ese bombón de secretaria que tiene, y el resto para gastos. Pero quiero resultados.

Al terminar de hablar se había puesto en pie y me observaba

detenidamente, como en espera de que yo dijera algo.

Lo hice.

—Aún no me ha dado los nombres que le pedí, mis Warren — dije.

—¡Oh! Es verdad, míster Fo...

Se interrumpió, se dejó caer sobre la silla, abrió el bolso de rafia que llevaba y la vi sacar de su interior un bolígrafo. Un «Parker» con capuchón de oro y un trozo de papel.

También vi algo más.

La negra automática que había dentro.

Al empezar, a escribir pregunté:

—¿De qué conoce a mi secretaria, *miss*...?

—De nada, pesquisa —me interrumpió sin dejar escribir—. La vi con usted en varias ocasiones, algunas revistas a todo color. —Hizo una pausa y comentó en bikini está preciosa.

No respondí a aquello, ya que era una verdad tan grande como el Capitolio de Washington, pero sí pregunté:

—Y usted, *miss* Warren, ¿cómo está en bikini?

Elevó sus ojos hasta los míos para mirarme fijamente.

—Algo digno de verse, querido —dijo—. Algo que no tiene comparación posible con ninguna de las mujeres que usted conoce..., y algo que usted jamás verá.

No insistí a pesar de que el tema era interesante en extremo.

Sencillamente me limité a preguntar:

—¿Tiene ya ese papel?

—Sí.

Me lo entregó, guardó el bolígrafo, de nuevo vi la automática, y se puso en pie.

Entonces pregunté:

—¿Dónde puedo verla si descubro algo?

Me mostró sus dientes pequeños e iguales en una sonrisa.

—En el Choco, querido —replicó—. En pleno Broadway.

—¿Trabaja allí?

—Sí, claro.

—Y apuesto a que se exhibe...

—Es usted un sucio, Dick Forrester —me interrumpió—, pero no importa.

Sin darme tiempo a preguntarle qué era lo que no importaba,

ella dio media vuelta y sorteando las mesas desapareció de mi vista sin volver ni una sola vez la cabeza hacia atrás.

Fue entonces cuando recordé a Eve.

Consulté el reloj.

Demasiado tarde para que ella estuviera ya en la oficina.

Suspiré, me acerqué a la barra, aboné lo consumido y lentamente regresé a la calle.

De *miss* Warren ya no había ni rastro.

Abrí la portezuela del «Mercedes», me coloqué dentro y empuñé el volante.

Caía la tarde cuando alcancé la Calle 8, esquina a la Fifth Avenue.

El 580, apartamento 18, letra F.

Piso décimocuarto.

Utilicé el ascensor.

El pasillo.

Largo, desmesuradamente largo.

Una puerta, otra; otra más... y casi en el centro, e número 18-F.

Llamé con los nudillos.

Siguieron unos segundos de silencio y entonces pulsé el botón del zumbador.

Nuevo silencio y a continuación el vivo taconeo de una mujer acercándose a la puerta tras la cual se encontraba.

No preguntó nada; simplemente la abrió y la miré de pies a cabeza, porque tenía bastante que mirar.

—¿*Miss* Mónica Ricks? —pregunté.

Arqueó una de sus finas cejas pelirrojas.

—Seguro —dijo—, pero si vende algo, debo decir; que aún debo la luz y el gas... Por tanto...

Sonreí.

Conocía aquella voz aunque la hubiera escuchado pocas veces.

Conocía aquel nombre y no porque *miss* Warren me lo hubiera dado ni mucho menos.

Miss Mónica Ricks, locutora de la DWD del Distrito V, periodista de sucesos más o menos sensacionales y redactora y difusora de noticias, entre otras cosas.

Miss Warren llevaba minifalda en edición de bolsillo pero los

shorts de *miss* Ricks no le iban a la zaga.

Para mi eran sencillamente preciosas y aquello bastaba.

—No vendo nada, *miss* Ricks —dije—. Porque usted es *miss* Ricks, ¿verdad?

—Efectivamente —replicó—, soy ésa que dice. Y usted, ¿cómo sabe mi nombre?

Sonreí, pero ella no devolvió mi sonrisa.

Esperaba, expectante.

—Me la dio un amigo —dije—. Un amigo de los dos. —Hice una pausa y añadí sabiendo el efecto que en ella iban a causar mis palabras—: Míster Anthony Gruber.

Se le demudó el rostro.

—¡Está mintiendo! —exclamó—. ¡Es usted un embustero!

Pero no cerraba la puerta.

—De acuerdo, querida —respondí—, no fue míster Gruber quien me las dio, pero sí otra persona. Y ahora, si me deja pasar, hablaremos.

—¿De qué?

Estaba intrigada.

Su bello y exótico rostro, con algunas graciosas pecas en las mejillas y en la nariz, y sus brillantes ojos pardos me lo decían.

También olía la noticia.

No era muy correcta la palabra, pero eso de «oler», por una extraña paradoja, sí que era correcto, y *miss* Ricks lo estaba haciendo lo mismo que si fuera un perro de caza.

—De asesinatos. Entre otros, el de míster Gruber, ocurrido esta madrugada pasada en el locutorio.

No vaciló ante mi estupor, aunque yo pensé que lo haría.

Abrió la puerta, se apartó a un lado y pidió:

—Pase, por favor.

Lo hice. Mónica Ricks cerró a nuestra espalda y añadió, ahora mirándome a los ojos:

—Por aquí.

Fui detrás hasta el *living*, donde me indicó que me sentara.

Lo hice en silencio, que ella rompió con una pregunta:

—Ante todo, ¿quién es usted?

Se lo dije, me sonrió, y me dio la respuesta:

—¿Puede identificarse?

La miré, un tanto sorprendido.

—Sí, claro —dije.

Y le mostré mi tarjeta de identidad que examinó cuidadosamente.

Hecho esto me la devolvió y se sentó en el sofá, cabalgando una pierna sobre la otra.

—¿Qué es lo que quiere saber de Tony? —preguntó.

—¿Cómo era en realidad, *miss* Ricks? —pregunté a mi vez.

No vaciló en dar la respuesta:

—Un tipo estupendo. Que yo sepa, no tenía un solo enemigo, ni dentro ni fuera de la emisora.

—¿Alguna mujer?

Se encogió levemente de hombros y sonrió.

—No era de esa clase de hombres, *míster* Forrester —replicó—. Creo que le dije que era un...

—Lo sé —interrumpí—, pero tengo que hacer preguntas. alguna de las cuales no suelen gustar. Es... lo mismo que hace usted cuando interviene en alguno de los sucesos, ¿no?

Su sonrisa se amplió.

—Sí, claro —afirmó—. Por tanto, continúe, *míster*.

Lo hice al segundo siguiente.

—¿Qué fue lo que dijo la policía al respecto?

—Se mostró muy reservada, *pesquisa*.

—Y eso, ¿a dónde nos conduce?

—No lo sé. Y ésa es la verdad. Nos hicieron algunas preguntas y se fueron. Eso es todo —hizo una pausa y añadió—: No, todo no. Hay algo más pero es a estupidez.

—¿Sí...? Aún así, *miss* Ricks, dígamela.

—La cartera de cuero que usaba para guardar papeles y otras cosas estaba casi llena de cartas. Esto es completamente normal, pues debido a su programa recibía muchas...; y no obstante, faltaba algo.

La miré fijamente.

—¿El qué? —pregunté.

—Una cosa completamente inexplicable. Una sencilla caja de puros que recibió como a las tres de la tarde. Una de esas cajas de metal barato que contienen cinco o seis puros «Romeo y Julieta». Tony la tenía consigo cuando abandonamos el locutorio, y luego,

cuando le recogieron... —se estremeció—, faltaba de allí.

—¿Cómo sabe lo de la caja de...?

Su sonrisa, que brotó espontánea en su boca coral, me interrumpió.

—¡Pero, pesquisa! —exclamó—. ¡Si es sencillo! Tony nos estuvo dando la lata con ella durante horas, ¿comprende?

La miré con asombro.

¡Al diablo con todo!

¡A nadie se le ocurre asesinar a una persona por una simple caja de puros!

Pero ¿era tan simple?

Me encogí de hombros y al instante tuve encima la pregunta de ella:

—No lo comprende, ¿verdad?

—¡Diablos, no! —estallé. La miré un tanto contrito y añadí—: Perdone, *miss Ricks*.

—¡Oh! —dijo—. No se preocupe por eso, míster Forrester. Alguna vez que otra me gusta oír esa clase de burradas, créame.

Me dejó de una pieza.

Y mientras me recobraba, Mónica añadió:

—Y ahora, pesquisa, ¿quiere decirme a mí quién diablos le mandó que se metiera en este asunto?

—¿Espera que se lo diga?

Ella hizo una mueca.

—¿Y por qué no? —preguntó a su vez.

—Es un secreto profesional, aunque la gente crea que los privados carecemos de ética, *miss Ricks*.

—Sí, claro —respondió—. Eso es lo que esperaba que dijera.

—¿Molesta?

Me miró fijamente.

—No, claro que no —dijo.

Guardé silencio durante unos segundos, hasta que pregunté:

—¿Qué sabe de una mujer llamada Sandra Warren, *miss Ricks*?

Frunció el ceño, me miró de hito en hito y respondió al cabo de unos segundos de silencio:

—Baila y canta en el Choco. Un club nocturno de Broadway.

Sabía dónde era, pero no se lo dije.

Esperé que dijera algo más y en vista de que era así, añadí:

—¿Nada más, Mónica?

No pareció disgustarse porque repentinamente dejara de darle tratamiento, ya que sonrió replicando.

—Muy poca cosa, Dick.

—¿Sí...? ¿Y qué es ello?

—Bueno, era amiga de Tony, pero eso usted ya lo sabía.

—Seguro. —Hice una ligera pausa y pregunte—: ¿Hasta qué punto lo eran, Mónica?

—Dos buenos amigos, pero en el mejor sentido de la palabra, pesquisa. Tony la ayudó mucho cuando ella empezaba en los tugurios del Hudson, ¿comprende? Su micrófono, su propaganda, la hicieron subir.

—¿Nada más?

—Nada más, pesquisa. Es decir —se contradijo a sí misma—; sólo una pregunta.

—Correcto, querida, desembuche.

—No me dirá que sospecha de Sandra, ¿verdad?

—¿Y por qué no?

—Porque eso sería estúpido. Si en Nueva York hay una persona, aparte de los componentes de la emisora, que estime de verdad a Tony Gruber, ésa es Sandra. Pensar de otro modo es una imbecilidad.

Recordé que me ofreció tres mil quinientos dólares por descubrir al asesino de Gruber y dejé de hacer preguntas en aquel sentido.

No obstante, cuando abandoné el apartamento de Mónica Ricks, me encontraba en el mismo lugar que al principio..., aunque con algo más.

Una simple caja de habanos que se había evaporado en el aire.

¿Por qué?

CAPÍTULO III

Y una vez más frente al volante.

Embragué pensando en Eve.

Justo en el momento de hacerlo vi el largo «Pontiac» pintado en azul, que se despegaba del bordillo de la acera y miré al espejo retrovisor.

Empezaba la persecución, por lo que abandone la idea de personarme en los domicilios del resto de lista que Sandra me había dado y conduje hasta el primer *snack* bar que me vino al paso.

Entré lanzando una fugaz mirada hacia atrás.

El «Pontiac» se detenía en aquel momento detrás del «Mercedes», aunque separado del mismo por más una docena de yardas.

Me encaramé en uno de los taburetes y mientras el barman se me acercaba, dejé que mi mirada patinara sobre el mostrador y luego sobre la clientela de aquél, atardecer.

—¿Qué va a tomar?

Presté atención al barman.

—Un «manhattan» —respondí recordando a Sandra.

Me lo sirvió y empecé a beber.

Mediaba el vaso cuando del bolsillo extraje el papel que ella me diera y lo examiné lentamente.

«Mónica Ricks. Locutora de la DWDs. A continuación».

Venía una ligera descripción de la misma que cuadraba en un todo con lo que yo había visto.

«Pool Ferguson. Locutor. Treinta y dos años. Rubio, alto, atlético, deportista, y amigo de mujeres. Gastaba

quizá algo más de lo que su sueldo le permitía».

«Lajos Dancer. Técnico. Un hombre capaz de hacer cualquier cosa con un par de simples cables de cobre y unas bobinas del mismo hilo. Cuarenta años. Otro de los íntimos de Tony Gruber».

«Leda Morton. Pelirroja, encargada de la central telefónica». Ojos verdes y muy hermosa, según la opinión de la propia Sandra. Una ligera descripción de ella, y nada más.

El resto, y siempre guiándome de las palabras de Sandra Warren, carecía de interés, lo que era verdad, y según estaba pensando yo en aquel momento.

Nada.

Ni una simple pista, ni una leve conjetura, ni cualquier clase de sospecha.

Como Mónica había dicho, buscar a un posible asesino entre los miembros de la emisora era poco menos que imposible.

Pensé en el teniente Donovan.

No nos teníamos mucha simpatía, ésa era la verdad, pero si las cosas continuaban para mí de aquel modo, no tendría más remedio, mal que me pesara, que ir a hacerle una visita y si lo hacía, las preguntas iban a llover sobre mí hasta terminar con mis nervios o con mi paciencia.

Donovan era muy capaz de someterme al tercer grado tratando de averiguar por mediación mía, todo lo que él deseaba y que yo no sabía ni mucho menos.

Tomé el vaso y terminé con el «manhattan».

La calle.

Aboné la consumición, salté del taburete al suelo y avancé hacia la puerta.

Pero cuando llegué a la misma, mis dedos rozaban la culata de la automática que llevaba en la funda de la axila.

Salí a la calle.

El coche azul no se había movido del sitio.

Permanecía estacionado detrás del «Mercedes» y a medida que me iba acercando me pregunté qué ocurriría si me decidía a acercarme con un cigarro en la mano para pedirle fuego al tipo que lo conducía.

No lo hice.

Abrí la portezuela del coche, me coloqué frente al volante y rápidamente empecé a alejarme de allí.

El «Pontiac» se despegó del bordillo y una vez más fue detrás de mí hasta que llegué a mi apartamento, pensando en Eve. A la que no había telefonado en todo el día.

Conduje hasta el garaje y de nuevo con los dedos de la mano derecha rozando la culata de la automática, retrocedí sobre mis pasos hasta el edificio de apartamentos donde tenía instalado el mío.

Como esperaba, el «Pontiac» se había detenido frente a la puerta, pero en el bordillo de la acera opuesta y ahora se mantenía con todas las luces apagadas.

Introduje la mano en el bolsillo, tomé el llavero y abrí la enrejada puerta que daba acceso a la escalera.

Subí utilizando el ascensor y ya en el interior del apartamento encendí las luces del *living*, y pensé una vez más en Eve, en su minifalda, en la belleza incomparable de sus piernas, fui al frigorífico y de allí a un pequeño bar instalado en uno de los rincones y me preparé un *whisky*.

Pasados veinte minutos, con el vaso en la mano, apagué las luces y me acerqué a la ventana.

El largo coche azul aún se encontraba allí, y me preguntaba por qué.

Desde luego, el que lo conducía, no se ocultaba ni mucho menos, y una vez más, al llegar a aquella conclusión, me pregunté por qué.

No había respuesta.

No por el momento.

Continúe mirando.

Veinte minutos más tarde, el coche se ponía en marcha y se perdía calle abajo.

Me fui a dormir pensando en mi secretaria, pero por contraste soñé con Sandra, chicas en bikini, minifaldas y *shorts*.

Eve se encontraba en la oficina cuando entré al día siguiente sobre las diez de la mañana, mostrando las elegantes y largas piernas por debajo de la mesita tras la cual se sentaba y saludó sin más preámbulos y sin dar los buenos días:

—Hay un tipo que está husmeando por ahí, Dick —dijo.

Arqueé una ceja, rodeé la mesa, me incliné, me ofreció los labios y a continuación de haberla besado, pregunté con el pensamiento puesto en el «Pontiac» de la noche anterior:

—¿Le viste?

—Sí, claro. —Hizo una ligera pausa y añadió—: Se me hizo tarde esta mañana, por lo que tomé un taxi y me vine para acá. El coche que me siguió era un convertible blanco. Posiblemente un «Caravelle»... y hace unos momentos aún estaba ahí.

Se puso en pie, dejé de ver sus piernas por debajo de la mesa, pero fue peor cuando se acercó a ver debido a la minifalda, y miró hacia abajo.

Casi al instante la oí decir:

—Ahí lo tienes, Dick.

Me acerqué a su lado.

Era cierto.

El coche era un «Caravelle» pintado en blanco.

—¿Le viste? —pregunté.

Hizo una mueca.

—¿A quién? —preguntó a su vez—. ¿Al tipo del soche?

—Sí, claro.

—Bueno, le vi, pero no pude fijarme bien. Es fuerte, alto, casi tanto como tú, rubio... y viste de oscuro. Ahora se encuentra dentro del convertible.

Pensando que alguien nos tenía vigilados, y como no había una ley en contra de aquel que se le ocurriese estacionar un coche en una esquina y permanecer allí hasta la consumación de los siglos, la tomé del brazo y tiré de ella hacia la mesa, donde me miró un tanto sorprendida.

—¿Qué es lo que vas a hacer...?

—¿Yo...? Vas a hacerlo tú, querida.

—¿Qué...? Pero oye, Dick, ¿quién diablos es el detective en esta oficina?

—Hoy lo serás tú.

Le mostré la lista que Sandra me diera y añadí:

—Con esas piernas y esa minifalda, espero que tengas éxito, muchacha. Fíjate que entre todos sólo una mujer, ya que a Mónica la visité yo.

Me hizo un guiño.

—Pero, Dick —exclamó—, ¡que la minifalda me la he puesto sólo para ti, querido! Eres..., eres...

—Lo que sea, pero lárgate de una vez.

Ella volvió los ojos hacia la ventana y respondió si mirarme:

—Lo que desees saber es si me sigue a mí o te vigila a ti, ¿verdad?

—Correcto, pequeña —dije—, aunque con esa fachada, espero que sea a ti.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—Dick, amor, pero ¿es que te gusta mi carrocera? ¡Si nunca me lo has dicho!

Solté una interjección, pero fue mucho peor porque Eve se tapó cómicamente los oídos, mientras me miraba entre seria y burlona.

—De acuerdo, Dick querido —dijo unos segundos más tarde—. ¿Qué es lo que desees que haga?

La miré sospechosamente.

—¿Va en serio, preciosa? —pregunté.

—¡Claro que sí! ¿Has podido pensar otra cosa?

Lo que yo pensaba no se lo podía decir, por lo que repliqué:

—Quiero que vayas a ver a esa gente y averigües todo lo que puedas respecto a Tony Gruber, ¿comprendes? Te sientas, enseñas un poco las piernas y luego empiezas preguntar.

—¿Todavía más?

Y me miró con asombro.

—Sí —dije.

Hizo un mohín.

—De acuerdo, Dick. Eres... un sol. —Se las miró, me miró a mí, tomó el papel de mis manos y añadió—: Es lo único que me faltaba, tu permiso para ir de conquistas. Eres... un tipo estupendo.

Dio media vuelta y se alejó rápidamente en dirección a la puerta de salida.

La llamé.

—Un momento, Eve.

Se detuvo, se volvió a la inversa y me miró cuando me estaba acercando.

Entonces me señaló con un dedo en forma acusadora.

—Pero, jefe —dijo—, ¡tú lo que quieres es darme un beso!

La enlacé por la cintura y como otras veces, noté el fuego de sus

labios sobre los míos.

Luego dijo:

—Lo tomaré en cuenta, como una petición formal de matrimonio, mi cielo.

No hice caso y se fue.

Me acerqué a la ventana y miré hacia abajo.

El convertible blanco continuaba estacionado frente al edificio y continué allí, observándole, hasta que vi asomar a Eve.

No miró el coche.

Caminó por la acera, entre la multitud de peatones y detuvo un taxi.

Subió.

El tipo del convertible blanco no se movió del interior del coche.

Al parecer, el que fuera, sólo tenía una misión, la de vigilarme a mí.

Me aparté de la ventana, rodeé la mesa y me senté en el sillón, puse los pies sobre el tablero y me puse a pensar.

Sobre el mediodía, sin que Eve hubiera hecho acto de presencia, abandoné la oficina y a pie me encaminé hacia la Calle 16, en uno de cuyos restaurantes entré para tomar un refrigerio; y luego, como un buen chico regresé a la oficina.

Caía la tarde y me aburría como una ostra.

Eve continuaba brillando por su ausencia, por lo que de un modo súbito escribí una nota, la dejé sobre la mesa y me largué de allí.

Empuñé el volante del «Mercedes».

Cuando lo saqué del garaje, el tipo del blanco convertible maniobró para seguirme.

Aflojé la marcha deseando dar facilidades y me encaminé a Broadway.

Deseaba ver a Sandra Warren en su propia salsa.

La vi, pero antes recibí una sorpresa, y no desagradable.

Al fondo, un conjunto de color interpretaba un *blue*. En la encerada pista multitud de parejas bailaban cadenciosamente, las mesas estaban casi abarrotadas de público, por lo que sin pensarlo dos veces crucé por entre ellas y me acerqué a la barra del mostrador.

Había algunos bebedores, pero no muchos.

Subí a uno de los taburetes y pedí un *whisky*.

Pensaba en Sandra.

Trabajaba allí, en el Choco.

Podía haber llegado ya, o no, y eso sólo podía decírmelo el barman.

Una mujer, toda una mujer que pagaba más de tres de los grandes por averiguar quién asesinó a un locutor de radio, y sin dar muchas explicaciones sobre los motivos que tenía para desear tal cosa.

Bebí un poco y luego hice ademán de llamar al barman.

No pude porque en aquel momento una mano se posó en mi brazo.

Me volví a mirar, y perdí el aliento.

Se había vestido de tiros largos.

El vestido, de *lameé* bordado de lentejuelas, ceñía su cuerpo de diosa como mía segunda piel, con la espalda desnuda hasta la cintura y muy poco más por delante.

Bajo el mismo pude ver las punteras de sus zapatos de alto tacón, y volví a mirarla a los ojos.

Ojos grandes, rasgados, preciosos, y que chispearan.

Y fue entonces cuando experimenté por primera vez el deseo de besarla.

Me sonreía, y riendo saludó:

—Hola, pesquisa. Le impresioné, ¿verdad?

A trueque de hacer el ridículo dije la verdad de lo que pensaba.

—Es cierto, Mónica. ¡Diablos! Es usted una mujer. Pero eso ya lo sabe y no hace falta que se lo diga yo ¿verdad?

—No, claro que no..., pero me gusta oírlo.

Le devolví la sonrisa.

En el interior del local, el conjunto daba fin al *blue*.

Junto al mostrador le indiqué uno de los taburetes, y pregunté:

—¿Quiere tomar algo?

Denegó con la cabeza.

—Lo que deseo es bailar. Si es usted un buen chico y me invita...

Miré la pista.

Los bailarines esperaban sin moverse de allí a que el conjunto volviera a interpretar cualquier cosa.

—De acuerdo, querida —dije—; vamos a bailar.

La tomé de la cintura y la llevé a la pista, donde llegamos justo a tiempo.

Empezamos en silencio hasta que en una de las vueltas ella dijo:

—Me sorprendí al verle, y completamente solo.

—¿Sí...? ¿Y a quién iba a traer?

—¡Oh! Pues... a Eve Mac Dugal, su secretaria, ¿no?

Al parecer, todo el mundo conocía a Eve.

—¿Cómo sabe que se llama Eve y que es mi secretaria, Mónica?

Sonrió.

—La he visto en algunas revistas con usted, pesquisa inteligente. Y no olvide que entre otras cosas soy periodista, locutora de la DWD, actúo en...

No la escuchaba.

Apabullaba la nena con tanto cargo.

Me limité a esperar que terminara de hablar y entonces dije:

—Eve, nunca o casi nunca sale conmigo.

—¿No...? Pues es extraño.

—¿Por qué?

—Bueno, yo creí que...

La interrumpí.

—No mantengo un *affaire* con mi secretaria, querida. No, y le digo la verdad —me aventuré—. Con usted sería distinto.

No se enfadó.

Se echó a reír mostrándome su bella garganta y sus pequeños dientes de marfil, y a continuación, sin soltarse de mis brazos me ofreció los labios.

Me tomó de sorpresa, pero me incliné y la besé.

Un beso suave, muy suave..., y continuamos bailando.

Al terminar indiqué la barra.

—Tengo una mesa ahí, junto a la pista —dijo.

Nos sentamos y por espacio de más de treinta segundos no pronunciamos palabra alguna.

Hasta que yo mismo rompí el silencio con una pregunta:

—¿Qué hace aquí una mujer como usted, Mónica y completamente sola?

—Buscar una conquista —me miró con los ojos brillantes y añadió—: Y no fracasé.

—¿Se refiere a mí?

—¡Claro que sí, tonto!

Y volvió a reír para a los pocos segundos añadir, ahora seriamente:

—Vine porque quiero hablar con Sandra.

—¿Sí...?

—Sí —retrucó—. Ella conocía a míster Gruber y quiero entrevistarla. Voy a ver si tiene alguna noticia para mis oyentes. —Hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Y usted, Dick? ¿A qué ha venido aquí esta noche? Apuesto a que también desea hablar con ella, ¿verdad?

—Sí. Ésa fue mi idea. Quiero... que me cuente todo que usted me dijo, Mónica.

—¡Dick!

—Descuide, que no voy a decirle quien me dio la información. Será una buena muchacha como usted dice pero no me gusta que empiecen a mentirme cuando un caso.

Me comprendió casi al instante, ya que abrió mucho los ojos.

—No me diga que...

—Yo no he dicho eso.

—No, desde luego que no; pero..., pero. ¡Diablos! ¡He sido una estúpida! Debí pensar que Sandra no se estaría mano sobre mano. Que empezaría a moverse tan pronto como se enterara de la muerte de Tony. Fue ella quien le contrató, ¿verdad?

Di la callada por respuesta, sabiendo que aquello bastaba para una mujer con la inteligencia de Mónica Ricks.

Tampoco replicó.

Había desviado sus ojos de los míos y ahora examinaba, al parecer con curiosidad muy femenina, las parejas que había en la pista.

CAPÍTULO IV

Sandra Warren empezó a actuar en la pista a medianoche.

Cantó, y cuando reapareció fue para interpretar una danza japonesa y al verla, miré a mi acompañante.

Mónica la miraba con los ojos brillantes como estrellas y contenía la respiración, y entonces, asombrado me di cuenta de que yo estaba haciendo lo mismo.

Mediaba su interpretación, cuando oí junto a mí con la voz levemente ronca de Mónica:

—Es una de las mujeres más hermosas que conozco, pesquisa. ¿Se ha dado cuenta de eso?

La miré apartando con un esfuerzo los ojos de la figura envuelta en gasas de Sandra y respondí:

—Usted también lo es, Mónica, y lo sabe. ¿No era eso lo que estaba deseando escuchar?

Me miró y vi la sorpresa en sus ojos.

Luego los desvió hacia otro lado y replicó:

—Sí, creo que sí.

Fui a responder, pero no pude.

Sandra terminaba su actuación con una salva admiradora de aplausos y acto seguido, por entre las mesas, repartiendo saludos y sonrisas, se nos acercó.

Por entre las gasas que llevaba puestas vi sus largas y magníficas piernas desnudas y me levanté para recibirla y para acercar una silla a la mesa.

Se sentó sin dejar de sonreír, nos miró a los dos y finalmente preguntó:

—¿Y bien, pesquisa, qué quiere de mí? ¿O acaso es *miss* Ricks la que desea interrogarme?

Miré a Mónica.

Estaba sonriendo con los ojos fijos en Sandra.

—Desde luego que no —negó ante mi estupor—. Eso son cosas de mister Forrester... —Nos miró alternativamente y agregó—: ¡Si estorbo...!

Sandra lanzó al aire una discreta carcajada.

—Usted no estorba nunca, *miss* Ricks —dijo—. Por tanto, puede quedarse. —Volvió los ojos hacia mí y añadió—: ¿Qué clase de preguntas quiere hacerme ahora, Dick?

Respondí con otra:

—¿Por qué no me dijo que mister Gruber la ayudó a subir, Sandra?

Levantó una de sus cejas.

—No me lo preguntó —respondió con perfecto cinismo—. Por otra parte, para el caso que nos ocupa, no importa mocho. Es decir, no importa nada. ¿O me equivoco?

No contesté.

No, hasta que no encontré la respuesta adecuada y que traduje en una nueva pregunta:

—Fue por eso, Sandra, ¿o había algo más?

Mirándome fijamente contestó:

—¿Qué quiere decir?

—Anthony Gruber, querida.

—¡No hay nada de lo que está pensando, pesquisa! —respondió—. Nada, ¿comprende? A Tony sólo me unía una buena amistad y nada más. Eso cualquiera se lo puede decir... Y yo ya se lo dije en otra ocasión, ¿recuerda? —Hizo una pausa que no interrumpí y prosiguió—: El me tendió una mano y no pidió nada a cambio aunque le parezca mentira. Fue... el único nombre que no me pidió nada por hacerme un favor, del cual jamás me sentí bastante agradecida.

Calló y nos miramos los tres.

Por unos segundos, y a continuación preguntar:

—¿Alguna otra cosa, pesquisa?

No vacilé en dar la respuesta:

—No. Por el momento, no.

Volvimos a callar.

Mónica, a mi derecha, tenía los ojos fijos en la pista llena de bailarines.

Sandra pensaba.

Pensamientos que interrumpí con una nueva pregunta:

—¿Tiene licencia de armas, Sandra?

Arqueó ambas cejas.

—¿Lo dice por la automática que llevo en el bolso?

—Sí, claro —repliqué.

Se puso en pie y la imité.

Quedamos frente a frente, mientras Mónica nos observaba ahora.

—Tengo que volver a actuar, Dick —dijo—. Y sí, querido, tengo licencia, y puede que..., que me sirva para usarla, por primera vez.

Se fue por entre las mesas antes de que pudiera darle la respuesta, y Mónica y yo nos miramos.

—¿Bailamos, pesquisa?

Dije que sí y de la cintura la llevé a la pista.

Cuando abandonamos el club, sin que hubiéramos visto de nuevo a Sandra, por lo menos a nuestro lado eran las tres de la madrugada y el convertible blanco se había convertido en el «Pontiac» azul.

Aquello se ponía interesante.

Lo pensé así mientras ella se colocaba a mi lado en el interior del «Mercedes» y aquél se apartaba del bordillo para empezar a seguirnos por entre el mareante tráfico de la madrugada.

Treinta minutos más tarde detuve el coche frente al edificio donde tenía instalado su apartamento y nos miramos en silencio.

Fue Mónica la que lo rompió con una pregunta:

—Si desea una copa, le invito.

Denegué con la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó con los ojos chispeantes.

—No me gustaría recibir una bofetada a cambio depongamos un beso.

Su argentina carcajada estalló en el interior del coche llenándolo de notas musicales, mientras que a nuestra espalda, a menos de una docena de yardas, el «Pontiac» se detenía.

—¡Usted lo que tiene es miedo de mí, pesquisa!

Le confesé que sí y volvió a reír.

Abrió la portezuela.

—Vamos, querido —dijo—. Tomaremos un *whisky*.

Subimos en el ascensor.

En el *living* me indicó que me sentara, lo hice en el sofá y esperé a que ella preparara la bebida.

Me dio uno de los vasos, ocupó su sitio en el sofá y preguntó:

—Sospecha de Sandra, ¿verdad?

Bebí hasta mediar el contenido del vaso antes de preguntar a mi vez:

—¿Por qué dice eso, Mónica?

Encogió los redondos y desnudos hombros y contestó:

—No lo sé, Dick, pero esta noche, en el Choco me dio esa impresión.

—¿Sí...?

—Sí. Es cierto, pero se equivoca Busque por otro lado o se estrellará. Por otra parte, no olvide que Sandra Warren le pagó para que buscara a ese sucio asesino.

No contesté.

Apuré el resto del *whisky* de un solo trago, dejé el vaso sobre la mesita y me incorporé.

Atónica hizo lo mismo.

—¿Ya se marcha?

Pensé en Eve y en las cosas que tenía que preguntarle al día siguiente..., o hablando con propiedad, dentro de pocas horas, y respondí:

—Sí. Estoy cansado y tengo trabajo. Mañana...

Me volví hacia la puerta.

Ella no se movió.

Pero sí dijo tan pronto como puse la mano sobre el tirador:

—No tiene que irse si no lo desea, Dick.

Me volví a mirarla.

Mónica me estaba sonriendo.

Me acerqué lentamente.

Consulté el reloj.

Las once de la mañana.

Demasiado tarde para acudir a la oficina, pero no tenía más remedio que hacerlo.

Eve...

Salí a la calle.

Lancé una fugaz mirada al «Caravelle» y notando que aquello ya

me estaba cansando, empuñé el volante de mi coche y rápidamente conduje hasta mi oficina.

Eve me estaba esperando, con cara de juez, pero no hice caso porque no estaba sola.

Chasse Donovan, teniente del Departamento de Homicidios, se encontraba allí, sentado en uno de los sillones mientras que ella permanecía frente a él, sobre el pico de la mesa, mostrándole malévolamente la innegable belleza de sus piernas.

Donovan no se movió cuando entré, lo contrario de Eve, que saltó al suelo con revuelo de minifalda e inclinándose hacia mí, exclamó:

—Nos veremos luego, pesquisa.

Se marchó sin esperar respuesta, y Donovan y yo que damos frente a frente.

Empecé a rodear la mesa en dirección a mi sillón, pero no me dejó:

—Creo, Forrester —dijo—, que va a venir conmigo.

Me detuve en seco y me volví en redondo hasta enfrentarle.

—¿Sí...?

—Sí.

Se estaba poniendo en pie cuando respondí:

—¿Por qué?

Me miró pensativamente por espacio de varios segundos y al fin replicó:

—Quiero que vea una cosa, pesquisa.

Una petición desusada en grado sumo.

Por experiencia sabía que cuando Donovan empleaba aquella suavidad, uno tenía que ponerse en guardia.

—¿Qué clase de cosa, teniente?

—Un cadáver.

Me sobresalté pensando, sin saber por qué, en la bella *miss* Sandra Warren.

—¿Para qué?

Me miró pensativamente.

—Eso es algo que tendrá que decirme usted, pesquisa.

¡Incomprensible por completo!

Le miré de pies a cabeza.

Alto, huesudo, de cuarenta y cinco años de edad y con las sienes

cubiertas de nieve, y ojos negros, brillantes, sagaces como los de una ardilla, de pómulos saliente;...

Éste era en líneas generales Chasse Donovan, uno de los hombres más inteligentes con que yo había tropezado en mis años de detective privado.

—¿Por qué yo?

—Porque no me gusta que ande de un lado por ahí haciendo preguntas, Forrester.

Me dejó de una pieza.

—Vivo de eso, ¿no? Y tengo una licencia para ejercer en Nueva York, ¿verdad?

—Correcto, pesquisa, tiene la licencia, que puede desaparecer en cualquier momento. No lo olvide.

No lo entendía, y así se lo dije.

—No comprendo, Donovan.

Me miró malévolo.

—Usted nunca comprende nada, pesquisa..., si no lo desea comprender. —Hizo una pausa que no interrumpí y preguntó al término de unos cuantos segundos de silencio—: ¿Nos vamos?

Sin saber a ciencia cierta lo que deseaba de mí ni de quién era el cadáver, asentí en silencio y después pregunté:

—¿Usamos mi coche?

—Tengo el de la patrulla frente a esta casa, Forrester.

No respondí, pero sí lancé un beso a Eve con la punta de los dedos, y ella, por no ser menos, me envió dos del mismo modo.

¡Suerte que tienen algunos tipos, claro!

Al fin salimos.

Ni el «Pontiac» ni el blanco «Caravelle» estaban a la vista. Tan sólo el coche que usaba Donovan y que yo conocía sobradamente bien.

Subimos en silencio y Donovan abrió la boca para dar una orden:

—A la Morgue, Jack.

El coche se puso en marcha y rodamos en el más completo silencio durante unos cuantos minutos, hasta que lo rompí:

—Dígame, Donovan, ¿quién es el fiambre?

Hizo una mueca, me miró largamente y respondió:

—Un hampón, pesquisa. Nada más que un hampón.

—¿Y qué tiene que ver conmigo, teniente?

—Eso es lo que no sé, Forrester —fue la desconcertante respuesta que obtuve de él.

Callé.

Que se explicara cuando buenamente le viniera en gana.

La Morgue.

Entramos.

Silencio, pesado, sobrecogedor...

Era la misma sensación de siempre, la que experimentaba cada vez que entraba allí.

Sin pronunciar palabra, acompañado del encargado Donovan avanzó por el largo pasillo hasta uno de los depósitos propiamente dichos.

El cajón montado sobre rieles dentro del frigorífico el tirón, y el cuerpo de un hombre frente a mis ojos.

Con un balazo en medio de la frente y un cartón atado al dedo gordo del pie derecho. «Sin identificar».

Nada más.

Miré al teniente.

Donovan me observaba a su vez y me vi en la necesidad de preguntar:

—¿Por qué me trajo aquí?

Respondió con otra pregunta:

—¿Le conoce?

—No. ¿Y usted?

Y señalé la cartulina que había atada a su pie.

—Aunque no me crea, Forrester, ese cartón dice la verdad. Es un hampón, pero aquí, en Nueva York no tiene prontuario policiaco.

—¿No...? ¿Ha pedido información federal?

—Mandamos sus huellas al FBI, pesquisa.

—De acuerdo —dije—. ¿Qué más?

—Se lo diré por el camino.

—¿A dónde va a llevarme?

—¡Oh! Podemos dar un paseo hacia su oficina le dejaré, si responde a unas preguntas.

El silente empleado, a una seña del teniente empujó el cajón y el cadáver desapareció de mi vista.

Suspire satisfecho.

—¿Nos vamos?

Dije que sí y salimos.

Ya en el interior del coche policíaco, Donovan soltó la primera pregunta de la serie:

—¿Qué está investigando ahora, Forrester?

Me retrepé contra el asiento antes de contestar:

—Nada, teniente.

Frunció el ceño.

—Escuche, Forrester —dijo con voz fría—, quiero que me diga quién le pagó a usted para que investigara el asesinato de Anthony Gruber, locutor de la DWD, del Distrito V. Vamos, ¡desembuche!

Lo hice, pero contestando con otra pregunta:

—¿Quién le dio la información, teniente?

—Eso, Forrester, no le importa a usted.

—¿No...?

—No.

—De acuerdo, Donovan —respondí—. Visto de ese modo, le diré que no estoy obligado a decírselo, a menos que mi cliente esté detenido como sospechoso de asesinato, o... de cualquier otra cosa. Es un secreto profesional y no puede obligarme a traicionar a mi cliente. No, por lo menos dentro de la ley.

Calló, y mientras guardaba silencio no dejó de mirarme ni un solo segundo, hasta que preguntó:

—¿Es su última palabra, pesquisa inteligente?

Sin hacer caso de la burla que encerraban las suyas, respondí:

—Sí, a menos que no me diga quién era ese hombre.

—Posiblemente el asesino de ese locutor.

Solté un respingo más que regular y él se rió en mis propias narices.

—¿Cómo dijo...? —pregunté tan pronto como me rehíce un tanto.

Pero Donovan no lo repitió.

Sencillamente se limitó a añadir:

—Encontramos una «Lugger» en su bolsillo, Forrester, el Departamento de Balística está comprobando en este momento si sus balas corresponden a la sacamos del cuerpo de Gruber.

—Y si fuera así, teniente, ¿qué probaría con eso?

Se encogió de hombros como dándome a entender que no lo

sabía, pero no le creía.

Entonces repliqué:

—¿Algo más?

—No mucho, pesquisa. Ese tipo llevaba en el bolsillo una media de mujer.

Fruncí el ceño.

—Seguramente —dije—, la usó para ponérsela en la cabeza en el momento justo en que entró en la emisora de radio, contando, claro está, que fuera él quien matara a míster Gruber, ¿verdad?

—¡Chico inteligente! —se burló, pero yo sabía que mi razonamiento era cierto—. ¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

Le devolví la burla:

—Hasta un imbécil lo haría, teniente. Que yo sepa son pocos los hombres que se ponen medias, ¿no?

Soltó un taco, respiró fuerte y repentinamente exclamó:

—Sea lo que sea, lo que está haciendo, Forrester en torno a ese asesinato, va a tener que dejarlo.

Le miré lleno de sorpresa.

—¿Por qué?

—Déjelo tal y como está, Forrester —insistió—. Es la última vez que se lo pido.

Entonces me di cuenta de que el coche policíaco se había detenido y que estábamos frente al edificio donde tenía instalada mi oficina.

—¿Por qué? —repetí.

Abrió la portezuela.

—Salga cuando quiera, pesquisa —fue la respuesta que me dio.

Descendí a la acera.

—Voy a continuar...

Me interrumpió con un gesto.

—Tome un consejo de amigo, aunque usted particularmente no crea que lo soy, devuelva lo que cobró por la investigación y déjelo, Forrester.

No esperó respuesta.

Se marchó de allí a todo gas y haciendo sonar la sirena.

CAPÍTULO V

Todavía no había salido del asombro que me produjo la actitud del teniente Donovan, cuando alcance la puerta que daba acceso a mi oficina.

Eve me estaba esperando, como siempre, detrás de la mesa de su despachito, pero se puso en pie tan pronto como entré en el mío y vino a sentarse en el brazo del sillón que ocupaba.

Rodeé su talle con uno de mis brazos.

Eve no protestó.

—Y bien —dije—, ¿qué averiguaste?

Arqueó una de sus finas y elegantes cejas y respondió con otra pregunta:

—¿Dónde estuviste, Dick?

—En el Choco. Admirando las piernas de Sandra Warren..., y voy a llevarte una noche de éstas.

Sin hacer caso de mis palabras formuló otra pregunta, ahora con el ceño fruncido y mirándome fijamente:

—¿Nada más?

Y en el acto la comparé con un fiscal, por el tono en que me fue hecha la pregunta.

—Bueno —dije—, allí vi a Mónica Ricks Es una de las locutoras de la DWD. Bailamos un poco y la llevé a su apartamento. ¿Cómo te fue, Eve?

Tenía un brillo extraño en los ojos cuando comentó:

—Ni bien ni mal —se puso en pie, se alejó hacia su despacho, regresó al cabo de un par de minutos y me devolvió la lista con los nombres, y añadió—: Todos están de acuerdo en una cosa: en que Anthony Gruber era todo un tipo, en que era querido y respetado por sus compañeros de equipo, y en que no tenía enemigo alguno. Nadie se explica cómo pudieron matarlo y mucho menos sospechan siquiera sobre la posible identidad de su asesino.

Instantáneamente recordé el cadáver de la Morgue y las palabras finales del teniente Donovan, pero no hice un solo comentario al respecto.

—O sea, que no hay más de lo que ya sabíamos, ¿no?

—Así es, jefe.

Tardé unos segundos en responder.

—¿Mencionaron alguna caja de puros, Eve?

Me miró fijamente.

—No —dijo—. ¿Por qué?

No respondí.

Pensaba.

En Mónica, en que hasta el momento había sido un imbécil al no formular una pregunta, una sola, que hasta a un niño se le hubiera ocurrido.

Y lo que era peor, en que ni siquiera se la había mencionado al teniente Donovan.

Aparté mi brazo de la cintura de mi secretaria y Eve se puso en pie mucho antes de que yo abandonara el sillón.

A continuación nos enfrentamos.

—Voy a salir un poco, Eve —dije—. Atiende el teléfono; y sobre todo, trata de averiguar quién es el tipo que conduce ese convertible blanco.

—¿Nada más?

—No. ¿Por qué?

—Porque hay otro coche, y esto no me gusta, Dick. Es... un «Pontiac» pintado en azul.

En el acto me interesé.

—¿Cuándo lo has visto?

—¡Oh! Estaba estacionado frente a mi casa. Y me siguió hasta aquí. Claro que pudo ser a causa de la carrocería de la cual tú no te das cuenta, o a mis preciosas piernas.

—¡Ah! ¿Pero son preciosas, querida? ¡Diablos! ¡Ni siquiera me había fijado!

Me lanzó una mirada de olímpico desdén, dio media vuelta con la minifalda por la cintura, como si quisiera corroborar con aquello que sus piernas eran perfectas, y sin volver la cabeza hacia atrás fue a sentarse en su despacho.

Me eché a reír.

Eve, furiosa, estaba mucho más hermosa.

Tres o cuatro minutos más tarde me encontraba a su lado, mirándola a los ojos.

—Voy a salir ahora —repetí—, pero esta tarde vendré a buscarte y te invitaré a cenar.

No se estremeció, no dijo nada, y empecé a rodear su mesa.

Continuó sin moverse, sin hacer un solo gesto, y tampoco se apartó cuando me incliné sobre sus labios y los besé fuertemente.

No correspondió a la caricia como otras veces.

Sólo me miraba, y adiviné que estaba pensando: Mónica, por lo que di media vuelta y avance hacia la puerta que daba al exterior.

Al poner la mano sobre el tirador preguntó:

—¿Mónica, Dick?

Me volví a mirarla y ella añadió:

—Creo que voy a matar a esa mujer, pesquisa.

—¡Eve!

—¡Cuernos! ¡Pero si tengo mucha más fachada que ella, tipo listo! ¿O es que no te has fijado, en el tiempo que llevo trabajando para ti?

Levanté una de mis cejas, con un mal disimulado gesto de asombro.

—¿De verdad? Pues lo cierto es...

—¡Lárgate al diablo, Dick Forrester! —estalló—. ¡Y ahora mismo!

Fue entonces cuando respondí todo lo más seriamente posible:

—No voy a ver a Mónica, a menos que no sea absolutamente necesario, ¿comprendes? Voy en busca de Sandra Warren. Quiero hacerle una pregunta; una sola, y espero que sepa la respuesta.

—¿Y si no es así?

—Buscaré a Mónica... o a alguno de los otros. Entretanto, tú, cuando termines, si quieres, puedes ir a tu apartamento e iré a buscarte allí.

—¡Un cuerno. Dick! —replicó con absoluta desvergüenza—. ¡Allí es donde no vas a ir a buscarme!

—Correcto, pequeña. En ese caso, puedes arreglarte y espérame en el Choco. Aunque tarde, no te muevas de allí.

No esperé respuesta.

Di media vuelta, abrí la puerta y salí al pasillo, di un par de

pasos y me volví en redondo.

De nuevo frente a ella, a sus ojos que me miraban con asombro, añadí:

—Si te da tiempo, monada, ve y busca una licencia especial de matrimonio. Voy a hacerte el gran favor de casarme contigo.

Palideció, y se desplomó hacia atrás en el sillón.

—¡Oh!

Eso fue lo que dijo.

Nada más.

Es decir, si pronunció otra palabra yo no lo supe porque ya me encontraba en el pasillo entrando en el ascensor.

Descendí hasta la calle.

Pensaba en Mónica cuando vi el convertible blanco a menos de quince yardas del lugar en que me encontraba y ahora, sin saber por qué, maldije entre dientes.

Aquélla era otra de las cosas que no le había contado al teniente Donovan.

Disimuladamente palpé la culata de la automática pensando en que por el momento no iba a hacer nada pero si a la noche se encontraba tras mis pasos, el conductor del «Pontiac» o el del «Caravelle», iba a tener una conversación conmigo.

Una conversación bastante interesante por cierto.

Del garaje tomé el «Mercedes» y conduje todo lo más rápidamente que pude hasta el domicilio de Sandra.

No la encontré.

Siempre con el «Caravelle» a mi espalda, pensé que sólo cabía hacer una cosa por el momento.

Mónica.

Si tampoco estaba en su apartamento, tendría que hacerle una visita a uno de los tres que no conocía:

Leda Morton, Lajos Dancer o Pool Ferguson.

Cualquiera de ellos podía tener la respuesta a la pregunta que deseaba formular.

Veinte minutos más tarde entraba en el portal en tanto que a mi espalda el blanco convertible paraba al otro lado de la calle, frente a la casa.

Subí en el ascensor.

Mónica misma me abrió la puerta.

No llevaba minifalda, pero era mucho peor a causa de los cortísimos «*shorts*» que hacían causa común con el escote de la sencilla blusa que se había puesto.

—¡Dick! —exclamó al verme—. ¿Cómo tú y a estas horas de la mañana?

No pude contestar porque me echó los brazos al cuello y con aquello perdí la noción del tiempo y del espacio.

¿O no se dice así?

Cuando terminamos con las caricias tiró de mí hacia el *living* mientras decía:

—Tengo una visita, ¿sabes?

La miró fijamente.

—¿Sí...? —dije, pensando en el teniente Donovan—. ¿Quién es?

—Se trata de un compañero, Dick. De Pool Ferguson.

—¿Muy amigo?

—Si empiezas a ponerte desagradable, Dick, será mejor que te vayas. Amigo íntimo, sólo existes tú, ¿entiendes? Ahora, aquí, en mi apartamento, recibo a quien me viene en gana sin tener que darle explicaciones: nadie, mientras continúe siéndote fiel. ¿Me expliqué bien?

No respondí.

Primero porque no me daba la gana y segundo porque, en aquel momento, estábamos cruzando el umbral de la puerta que daba acceso al *living*, y entonces le vi.

Exacto, de pies a cabeza, con la descripción que de él me había dado Sandra Warren.

Una mujer que daría incluso su vida a cambio de Tony Gruber, a pesar de que no estaba enamorada de él, sino sencillamente agradecida.

Por lo menos, era la opinión de todos cuantos los conocían a los dos.

Ferguson no se movió del sillón que ocupaba frente a un vaso de *whisky* con cubitos de hielo. Tampoco dijo nada.

Sencillamente nos observaba a los dos, en silencio que rompió la propia Mónica cuando dijo:

—Siéntate donde quieras, Dick. Estás en tu casa. ¿Qué quieres beber?

—*Whisky* —dije por pedir algo.

Y me dejé caer en uno de los sillones, y entonces fue cuando ella exclamó:

—¡Pero qué torpe soy algunas veces! —Miró a Ferguson y añadió—: Pool, te presento a Dick Forrester. Uno de esos pesquisas inteligentes. Dick... Pool Ferguson, uno de nuestros locutores.

Ninguno de los dos nos movimos ni por cortesía.

Nos observábamos.

Eso era todo.

Mónica, dándose cuenta, frunció el ceño, dio media vuelta y empezó a alejarse, diciendo:

—Voy a prepararte ese *whisky*, Dick.

No respondí.

Tampoco dije nada cuando ambos quedamos completamente solos observándonos a hurtadillas.

Hasta que, de un modo repentino, Ferguson preguntó:

—¿Qué es lo que investiga, pesquisa? ¿El asesinato de Tony?

Tardé varios segundos en contestar, y cuando lo hice, dije:

—Primero, que me llamo Forrester, como habrá oído por Mónica, y segundo, sí, estoy investigando sobre esa muerte.

Hizo una mueca y sus ojos se helaron.

—¿Quién le mandó meterse en esto, Forrester? ¿Es que cree que no tenemos suficiente con las molestias que nos acarrea la policía?

—Ése es un problema suyo, pero no mío —respondí—. Yo me limito a hacer preguntas, si me las quieres contestar, y atar cabos.

Me miró fijamente, hasta que preguntó:

—¿Y a qué ha venido aquí? ¿A molestar a Mónica?

Sonreí.

No deseaba hacerlo pero ocurrió.

—Mónica..., no se molesta por mi presencia, Ferguson, ¿comprende?, a menos que yo me equivoque. Ahora, es ella misma la que nos puede sacar de dudas.

Callamos.

Pero fue por pocos segundos, ya que rompí el silencio con una pregunta:

—Usted era amigo de Gruber, ¿verdad?

Arqueó una ceja, pero respondió:

—Eso no ofrece ni la más ligera duda.

—Sí, claro. Es lo que supongo —dije—. Ahora, sabiendo esto, ¿puedo hacerle una pregunta?

Frunció el ceño, pero respondió como yo esperaba que lo hiciera:

—Sí, claro, ¿por qué no?

—¿Sospecha de alguien como posible asesino?

—Eso es un absurdo.

—¿Por qué?

—Tony... Bueno, Tony era Tony y nada más. No claro que no. Lo que no comprendo ni comprenderé nunca, es por qué le mataron. Eso es algo que no cabe en la cabeza a nadie.

—Y sin embargo, ocurrió. No lo olvide.

Durante cuatro o cinco segundos guardó silencio. Al cabo de los cuales respondió:

—Sea lo que fuere, Forrester, de la emisora nadie le mató. De eso puede estar seguro.

No respondí a aquello porque yo también empezaba a creerlo así.

—¿Qué sabe de una caja de puros que recibió, Ferguson?

Me miró lleno de sorpresa.

—Nada, excepto que se estuvo burlando de todos nosotros porque ninguno teníamos. Bueno, quiero decir que nos embromó durante algún tiempo... y nada más.

—¿Sabe que esa caja se encontraba con él cuando le mataron y que ahora no aparece en parte alguna?

—Es lo que oí comentar.

—¿Y...?

—Nada. Para mí, ese detalle es tan inexplicable como para usted, Forrester. No me explico dónde pudo tenerla Tony.

No se lo aclaré, porque lo cierto era que Pool Ferguson llevaba razón, aunque sólo fuera en parte.

Y fue entonces, en aquel momento, cuando hice la pregunta que deseaba hacer desde hacía un rato.

—¿Vio quién se la remitía?

Arqueó las dos cejas y su rostro mostró la sorpresa que mi pregunta le producía.

—No me fijé —dijo—. Y le estoy diciendo la verdad.

No respondí, porque entonces vi a Mónica viniendo hacia

nosotros y llevando en una mano, la izquierda, un alto vaso con cubitos de hielo y *whisky*.

Me lo dio casi en el acto, y mientras lo tomaba pregunté:

—¿Recuerdas la caja de puros que Gruber recibió el mismo día en que le asesinaron, muchacha?

—Sí, claro —respondió—. ¿Por qué?

—¿Recuerdas el nombre del remitente?

Se sobresaltó.

Fue algo apenas perceptible, pero que capté perfectamente.

—No tenía remitente, Dick —afirmó.

—¿Cómo?

—Es seguro, querido. Recuerdo que Tony estuvo haciendo bromas al respecto, diciéndonos que cualquiera de sus admiradores o admiradoras le habían gastado una broma para hacerle pensar, quizá durante días, sobre la identidad de la posible persona que se lo mandaba.

Era natural que pensara así.

Era perfectamente lógico, pero aquello me chocaba en extremo, y me hacía pensar que quizá aquella caja de puros fuera lo que le había costado la vida.

Pero ¿por qué?

No había respuesta, y tal vez no la habría nunca.

No dije nada, me guardé los pensamientos para mí solo, mientras ambos me observaban en silencio, en espera de que hiciera cualquier clase de respuesta.

No la hice, en vista de lo cual Mónica vino a sentarse en el brazo del sillón que yo ocupaba, y recordando a Eve ceñí su cintura con mi brazo.

Casi en el acto vi el rostro de Ferguson lleno de estupor, que se acrecentó cuando Mónica se inclinó sobre mí y me dio un suave y rápido beso.

Al terminar con la caricia preguntó:

—¿Qué es lo que te está dando vueltas Dick? ¿La caja de puros?

Forcé una sonrisa que me salió perfecta. Ferguson se ponía en pie.

—Estoy dando palos de ciego, preciosa —respondí.

Y a pesar de todo lo que pensaba, ésta era la verdad de lo que me ocurría.

—Me marcho, pareja.

Las repentinas palabras de Ferguson nos interrumpieron a los dos, y le miramos.

Se estaba dirigiendo hacia la puerta.

—No te molestes en acompañarme, Mónica —añadió—, que ya sé el camino.

Ella no se movió, ni yo aparté mi brazo de su cintura.

Pero cuando ambos creíamos que ya no pronunciaría una sola palabra más, Ferguson se volvió y dijo dirigiéndose a mí, pero con malévola intención:

—Tiene una secretaria muy hermosa, pesquisa. Si fuera por Mónica, trataría de quitársela a usted.

Fui a responder, pero Mónica, al adelantarse a mis deseos, me lo impidió.

—Olvidate de mí, Pool, que yo ya tengo dueño.

Y cayó entre mis brazos mientras Ferguson cerraba la puerta a su espalda con sospechosa suavidad.

Empecé a besarla, y mientras lo hacía, recuerdo perfectamente que pensaba en Eve.

CAPÍTULO VI

Anohecía cuando salí a la calle.

Pensando en Eve y en mi cita para aquella roche.

Al pisar la acera tuve una sorpresa.

El convertible blanco no se encontraba allí. Tampoco el «Pontiac» azul, y aquello, ya de por sí, me intrigaba.

Avancé hacia el «Mercedes», introduje la llave en cerradura de la portezuela y en aquel momento oí la voz de una mujer a mi espalda:

—¿Me lleva usted o prefiere ir en mi coche míster Forrester?

Me volví un tanto sorprendido.

No conocía a la dama, lo que tampoco me explicaba era cómo ella sabía mi nombre y mucho menos cómo diablos se encontraba allí, frente a la puerta que daba acceso al interior del edificio donde Mónica Ricks tenía su apartamento.

Rubia, alta, y al mirarla de pies a cabeza pensé que si todas las mujeres se habían puesto de acuerdo para llevar minifalda o para ir a un concurso de belleza, porque aquélla lo merecía.

Eve, Mónica, Sandra y la desconocida que había frente a mí.

Hermosa cien por cien, y muy joven.

De diecinueve a veinte años.

Rubia, de inmensos y rasgados ojos rasgados y boca roja y sensual que formaba un bello conjunto con el redondito y desafiante mentón.

Piernas largas, perfectas, que la minifalda dejaba ver. No llevaba medias y calzaba zapatos de tacón alto, de unas ocho pulgadas.

—¿Sorprendido?

Hice un esfuerzo por coordinar mis ideas y respondí:

—Sí, un tanto.

Sonrió.

Una dentadura blanca, igual, exageradamente perfecta, como

toda ella.

—¿Subimos?

—¿A mi coche?

—Sí, a menos que desee ir en el mío.

Abrió la portezuela y con un gesto le indiqué que subiera.

Lo hizo, rodeé el «Mercedes», me instalé frente al volante y arranqué mirando el espejo retrovisor, pero no vi ni rastro del «Caravelle» ni del «Pontiac».

—¿Dónde la llevo?

Encogió los hombros con un gesto tan elegante que me asombró.

—Por ahí, pesquisa —dijo—, a dar un paseo por Nueva York, hasta la hora de su cita con su secretaria.

Respingué sobre el asiento.

Al parecer, aquella hermosa chiquilla que iba a mi lado, con las desnudas y largas piernas extendidas frente a sí misma y la cortísima minifalda allí donde necesariamente no debía estar, era una caja de sorpresas.

—¿Cómo sabe eso, señorita...?

—Bárbara Latinguer, pesquisa. Babs para los amigos.

—¿Cómo sabe eso, señorita Latinguer?

Me sonrió.

—Estuve llamando todo el día a su oficina —replicó—, y su secretaria me dijo dónde podía encontrarle. Ella misma me dio las señas de una tal señorita Warren y de Mónica Ricks, locutora de la DWD del Distrito V. Por eso vine, vi su coche, cuya matrícula me facilitó, y esperé.

Podía mentir o no, eso no lo sabía, claro, y le concedí el beneficio de la duda, a pesar de que me estaba trepidando por qué Eve había dado tantas facilidades a la desconocida.

Bárbara, como si adivinara mis pensamientos, los interrumpió con sus palabras:

—Le ruego me perdone, querido, pero era demasiado importante.

—Mi secretaria...

—Ella hizo lo que debía tan pronto como yo le mencioné unas palabras a través del auricular.

—¿Sí...? —dije un tanto burlón—. ¿Y qué palabras eran esas, señorita Latinguer?

—Le dije que me llamara Bárbara, pesquisa. ¿O no lo entendió así?

—De acuerdo, Babs —respondí—. ¿Qué fue lo que le dijo a Eve para que ella le diera tantas facilidades?

Me miró en silencio durante un breve espacio de tiempo y contestó:

—Le mencioné una caja de puros, pesquisa. El volante se me fue de las manos, el «Mercedes» dió un bandazo y, por fin, dueño de mí, logre enderezarlo agradeciendo in mente que en aquel preciso momento no hubiera venido otro coche en sentido opuesto.

—Repita eso —pedí con voz ronca.

La sonrisa de ella se amplió, pude verla perfectamente a través del retrovisor, pero ahora me pareció intensamente cansada.

—Lléveme a cualquier parte donde haya reservados le explicaré una historia, pesquisa —dijo.

Lo hice.

Entramos en un «*snack bar*», en plena Calle 17, y nos sentamos frente a frente, con sendos vasos *whisky* sobre la mesa y los encendidos cigarrillos en manos.

—¿Y bien...? —dije.

Siguieron unos segundos de silencio, en el transcurso de los cuales la vi tragar saliva y a continuación desgranó en mis oídos la historia más descabellada que jamás oí, por lo menos desde que tenía uso de razón.

Al terminar, mirándose en mis ojos, preguntó:

—¿Qué piensa de todo esto, Dick?

Tardé bastante en responder, y cuando lo hice fue formulando una nueva pregunta:

—¿Quién estaba enterado de todo esto, Babs?

—No lo sé.

Era exactamente la respuesta que esperaba, porque formulé una nueva pregunta:

—¿Y de su visita a Nueva York?

Me sonrió, con la misma cansada sonrisa de antes.

—Ésa es otra de las cosas que tampoco puedo decirle, Dick.

Hice una pausa y disparé:

—Y a Gruber, ¿por qué...? ¿Cómo ocurrió una cosa así?

—Es inexplicable, pero sucedió. Y ahora..., ahora no sé qué

hacer.

Ni yo tampoco lo sabía, pero por la parte que me correspondía a mí, que era mucho peor. Por otro lado, la historia que me había contado llevaba dinamita dentro y, al pensar de aquel modo, recordé al «Pontiac» y al convertible, y aquello aún me gustó menos. Era ni más ni menos que un callejón sin salida, sin pistas, ni de quién sospechar, aunque creía estar seguro de que el teniente Donovan me había dicho, muchísimo menos de lo que en realidad sabía.

Y una caja de puros.

Una ocurrencia digna de un loco o de la persona más inteligente que darse pueda.

Algo que se podía llevar a la vista de todo el mundo, que no paga aduanas, y que no levanta sospechas en parte algunas, pero que ya había costado, dos asesinatos.

El de Anthony Gruber, un locutor de radio, y el de un matón.

Recordé a Donovan cuando una nueva idea me vino a la mente y pensé en que a aquella hora ya debería tener el informe de Balística correspondiente a la pistola que le encontraron al hampón y a la bala que mató a Gruber.

Como en sueños, mientras pensaba, oí la pregunta de Bárbara Latinguer:

—¿Nos vamos, Dick?

La miré, y respondí con otra pregunta:

—¿Dónde se aloja usted?

—En el Majestic. ¿Por qué?

—¿La llevo allí?

—Sí, claro. Se le hará tarde y su secretaria no me lo perdonaría nunca.

No respondí.

Nos pusimos en pie y luego de abonar lo consumido nos largamos a la calle.

Tres cuartos de hora más tarde dejé a Bárbara la puerta del hotel y entonces conduje hacia un «*snack bar*», donde consumí un bocadillo de jamón y una lata de cerveza, pensando, y haciendo tiempo con objeto de no ir a buscar a Eve a su apartamento.

Hasta que por fin abandoné el bar y conduje lentamente, a través del intenso tráfico de aquella hora, dirección al Choco.

Entré.

Las mesas, la multitud heterogénea, el conjunto negro, los danzarines en la circular y encerada pista y Eve.

Maldije entre dientes cuando la vi.

Vacilé unos segundos y lentamente, por entre mesas, mientras ella continuaba bailando estrechamente unida a Pool Ferguson, me acerqué a la barra del mostrador.

Antes de encaramarme a uno de los altos taburetes pedí:

—Un *whisky*, por favor.

El tipo que había detrás de la barra me lo sirvió casi en el acto y bebí hasta mediarlo.

A mi espalda, el conjunto terminaba con el baile mientras Eve se mecía arrullada entre los brazos de uno de los locutores de la DWD.

No me moví.

No volví la cabeza hacia atrás ni fijé mis ojos en espejo que había frente a mí. Me limité a mirar profundidades de mi vaso hasta que, impensada me ella dijo a mi lado:

—Hola, pesquisa. ¿Hace mucho que estás aquí?

Me volví a mirarla.

Un vestido blanco, de calle, desnuda la espalda y el nacimiento de los redondos senos frente a mis ojos. Guantes del mismo color que le llegaban hasta codo y la vía enloquecedora sonrisa de sus labios.

Miré por encima de uno de sus morenos hombros.

Se echó a reír.

—Se ha ido, cielo —dijo, subiéndose a uno de los taburetes mientras que el vestido se le iba a medio muslo—. Tuvo miedo de la cara que pusiste cuando nos viste abrazados en medio de la pista y se asustó: ¡Diablos, amor! Contigo, una mujer se siente segura. ¡Asustaste al león!

No hice caso, so pena de mandarla a cualquier parte nada agradable, y pregunté:

—¿Qué quería Ferguson?

Me sacó la lengua.

—Hacerme el amor, querido.

—¿Y...?

Me miró, ahora con los ojos muy abiertos.

—Tengo una cita, querido.

—¿Para esta noche?

Sin responder, hizo una seña al barman y cuando éste se acercó pidió un *whisky*.

Y no respondió hasta que no se hubo apartado un tanto de nosotros.

—Claro que sí, cielín —dijo—. Y voy a ir.

No repliqué.

Bebí lentamente hasta apurar el resto del licor.

En la pista, las parejas se movían cadenciosamente al compás de un nuevoailable.

—¿Quieres bailar, Eve?

Levantó las cejas en un bien fingido gesto de asombro:

—¡Pero, Dick! —se burló—, ¿tan celoso te sientes de míster Ferguson que ya deseas tenerme entre tus brazos? Pero, cielo, si eso..., eso es lo mejor que... que...

—¿Quieres irte al mismo infierno, querida?

Descendió del taburete.

—Llévame a la pista y dame un beso, Dick —dijo suavemente, pero con los ojos brillantes—. Ese estúpido de míster Ferguson ni siquiera sabe besar a una chica.

Lancé una maldición que debía estar esperando, porque no se estremeció.

Se limitó, con perfecta calma, a tomarme del brazo y tirar de mí hacia la pista.

Fue ella la que me besó en una de las vueltas y a continuación preguntó, sin darme tiempo a que respondiera a la caricia:

—¿Fue verdad lo que me dijiste, Dick?

Sabía a lo que se estaba refiriendo, pero aun así pregunté:

—¿A qué te refieres, querida?

Tardó varios segundos en contestar, y cuando lo hizo me dejó de una pieza.

—Es lamentable, Dick —dijo—, pero mañana mismo a primera hora, voy a llevarte al siquiatra.

—¿Por qué?

—Amnesia, querido. Nada más que amnesia.

Callé y continuamos bailando.

Terminaba la pieza cuando Eve comentó:

—Una fulana estuvo llamando todo el día, Dick, y dijo que era

importante. Pero no le dije dónde era muy posible que te encontrara hasta que no mencionó una caja de puros. ¿Hice bien?

Y me miró con el gesto más inocente del mundo.

—Sí, Eve, ésa es la verdad. Hiciste lo que debías —repliqué.

Al terminar se colgó de mi brazo y regresamos a la barra.

Una vez allí preguntó:

—¿Es muy hermosa? ¿Tanto como Mónica Ricks? Pensando en que Eve iba a coger complejo de Mónicas, repliqué:

—Una chica joven, y con más fachada que la tuya. Algo así como el edificio del Empire State Building.

Abrió mucho los ojos, me hizo una mueca y respondió:

—Si me gustaran los embusteros, Dick Forrester ahora mismo te daba un abrazo fuerte y cariñoso.

—¿Por qué dices eso?

—Pero si es sencillo, amor. Más que la mía, no hay fachada alguna en Nueva York, cielo. Espera una; rato y te lo demostraré.

Se acercó a la barra, tomó su vaso, apuró el licor de un solo trago, consultó su reloj de pulsera y dijo.

—¿Nos vamos?

Asentí en silencio y tres minutos más tarde ambos nos encontrábamos en el interior del «Mercedes».

—¿Adónde te llevo, muchacha?

Me hizo una nueva mueca.

—A mi apartamento, físgón —dijo, recostándose en el respaldo del mullido asiento.

Embragué.

Mediábamos el camino cuando preguntó:

—¿Qué es lo que quería?

—¿Quién...?

—La pájara, Dick. La de la caja de habanos.

La miré fijamente por encima del espejo retrovisor y respondí:

—Cuanto menos sepas de esto, Eve, querida, tanto mejor.

No me respondió, por lo que a partir de aquel momento hicimos el viaje en silencio.

Del mismo modo detuve el coche frente al edificio donde ella tenía su apartamento, en plena 8 West Street y entonces me miró.

—¿Subes conmigo? —preguntó.

—¿Lo deseas tú?

—Sí.

Entonces la besé.

Al terminar, musitó en mi oído:

—Tengo esa licencia, Dick. ¿Crees que servirá, a pesar de tus relaciones con Mónica?

—¿Quién te dijo eso, Ferguson?

No negó ni afirmó nada.

Se limitó a abrir la portezuela, diciendo:

—Vamos, Dick, se está haciendo tarde.

Fui detrás, y empezamos a cruzar.

Alcanzábamos hacia la otra acera cuando vi el convertible.

Apareció a toda marcha, tomando la curva sobre dos ruedas, con impresionante chirrido de llantas sobre el asfalto, y sin saber por qué lo hacía me lancé contra Eve, que gritó cuando cayó de bruces contra el filo de la acera, mientras que sobre nuestras cabezas estallaba el tableteo de una metralleta.

El coche dio un bandazo, se subió a la acera, descendió unas yardas más adelante y empezó a tomar la curva.

Disparé desde la cadera, con la «Magnum» y le vi dar un nuevo bandazo pero ahora no se subió a la acera, sino que vino a chocar contra la esquina que acababa de doblar.

—Corre, Eve —grité—. ¡Métete en el portal!

Y me lancé de cabeza al suelo mientras que un nuevo coche desembocaba en la calzada, y las puertas del «Caravelle» se abrían dando paso a tres hombres, uno de los cuales llevaba en la mano una metralleta. Disparé.

El tipo se dobló en dos, y tras de mí estallaron más disparos, pero no fueron para mí.

Ante mi estupor no era así, ni mucho menos y lo comprendí al segundo siguiente, ya que frente a los ojos, los otros dos sujetos estaban cayendo, mientras iban de un lado para otro impulsados por los balazos que les estaban disparando desde el interior de un «Pontiac» pintado en azul, y que también se había, detenido a mi espalda.

Me volví hacia allí con la «magnum» en la mano y al instante oí la voz del teniente Donovan:

—¡Guardé el arma, pesquisa, que la cosa no va con usted! —
Dejó transcurrir unos segundos y añadió—: Por el momento...

La guardé y corrí hacia Eve, que en aquel momento se estaba poniendo en pie, con el blanco y hermoso vestido hecho un completo asco.

La ayudé, y logrado esto me volví a mirarlos.

Cinco hombres de paisano sin contar al teniente Donovan.

Cinco a los que no conocía, a los que no había visto en mi vida.

Pero tan sólo dos se nos acercaron, acompañados, claro está, del teniente.

Fue éste el que rompió el silencio dirigiéndose a Eve.

—¿Se hizo daño, *miss* Mac Dugal?

Ella le miró con asombro, no acostumbrada a tanta amabilidad por parte del teniente.

—Un poco —respondió—. ¿Alguna otra cosa?

Los tres se consultaron con la mirada y Donovan tomó nuevamente la palabra:

—¿Podemos subir a su apartamento, señorita Mac Dugal? Será por poco tiempo, se lo prometo.

Eve me miró y asentí en silencio.

Me intrigaba aquello y no quería desaprovechar la ocasión, además, de tener la completa seguridad de que si Eve se hubiera negado a complacerles, se nos hubieran llevado cualquiera sabía adónde.

Al precinto de policía más próximo.

—De acuerdo, teniente —dijo—. Acompañenme.

Cinco minutos más tarde, los cinco nos encontrábamos en el interior del apartamento de Eve, en el *living*, que ella había convertido en un sueño.

—Siéntense —dijo—, y mientras hablan, les prepararé algo de beber.

Donovan fue el que dio la respuesta:

—No se moleste por nosotros, señorita Mac Dugal, y no se marche. También queremos hablar con usted.

Lo hizo, intrigada en extremo.

Quizá el teniente no se diera cuenta y posiblemente los otros dos tampoco, pero yo la conocía demasiado bien para que cualquier reacción suya me pasara inadvertida.

CAPÍTULO VII

Siguió un largo y pesado silencio que Donovan que al parecer era el que llevaba la voz cantante interrumpió.

—Queremos hacerle unas cuantas preguntas. Forrester —dijo. Me envaré.

—¿Qué es lo que quiere saber, teniente? —pregunte—. Pero antes, si mal no recuerdo...

Uno de los dos, al ponerse en pie, me interrumpió:

—¿Conoce esto, Forrester? —dijo mostrándome una placa en la palma de la mano.

Apenas si la miré.

Un escudo, unas letras y todo un mundo de posibilidades.

FBI.

Era todo, aunque no fuera nada más que por el momento.

—¿Qué tienen que ver los

G-Men

en todo esto? —pregunté.

Sin responder a mi pregunta, presentó a su compañero y luego se presentó a sí mismo.

—Tommy Mac Parsons, agente especial, enviado aquí exprofeso por míster Hoover, y... Bueno, me llamo Jeff Donalson y soy inspector jefe del Departamento de Nueva York. Ahora si no le molesta, Forrester, le ruego que conteste a unas preguntas... pero con la verdad. ¿Quiere?

Miré a Eve.

Se mantenía silenciosa, con los ojos clavados obstinadamente en sus muslos desnudos, como si se sintiese fascinada por aquéllos y lo que ocurría a su alrededor careciera de importancia para ella.

Pero aquello también era una pose.

Yo, particularmente yo, la adivinaba tensa y expectante, como un gato frente a un agujero dentro del cual hay un ratón, y

dispuesta a saltar a la menor provocación o a la menor palabra que no le gustase.

—Correcto,

G-Men

—dije—. Desembuche, ¿quiere?

Siguieron unos segundos de silencio y al fin soltó la primera:

—¿Qué sabe de una caja de puros, Forrester?

—Exactamente lo que usted.

Frunció el ceño.

—¿Y qué es lo que sé yo, si es que puedo saberlo, aunque esto en vez de otra cosa parezca un juego de palabras?

—Sencillamente lo mismo que todo el mundo. Que por extrañas circunstancias fue a parar a manos de cierto locutor, que posteriormente fue asesinado, y que ahora esa caja ha desaparecido.

—¿Nada más?

—No. ¿Por qué?

Vi cómo sus ojos grises e inhumanos se clavaban en Donovan y esperé.

Muy cerca de mí, Eve continuaba examinando sus piernas, de un modo que hacía presumir que no se las había visto nunca.

Casi en el acto, después de la breve consulta con Donovan, mientras Mac Parsons se mantenía tan silencioso como la propia Eve, Donalson se volvió a mirarme.

—Pero usted, Forrester, ya lo sabe todo, ¿verdad?

Recordando a Bárbara, pregunté a mi vez:

—¿Quién le dijo eso, Donalson?

El agente federal hizo una mueca.

—De ese modo, Forrester, no vamos a ninguna parte.

—¿No?

—No, desde luego, ¿no?

—De acuerdo. ¿Qué es lo que quiere?

—Su ayuda, Forrester.

Me dejó de una pieza.

—¿Para qué?

—Bueno, pongamos que hay lugares donde el FBI no puede entrar sin una orden de registro, que no puede pedir sin pruebas concretas, ¿comprende? Otra de las cosas es... entrar en una casa y hacer cantar al que sea a fuerza de... de...

Salí en su ayuda interrumpiéndole:

—En eso es donde entro yo, ¿no?

—Así es, pesquisa.

Se guardó la placa que aún continuaba en su mano y se sentó.

Al hacerlo, Mac Parsons tomó la palabra.

—En concreto, Forrester, ¿qué es lo que sabe usted?

Se le notaba receloso, lo mismo que Donovan, que no dejaba de observarme en silencio mientras que Eve había dejado tranquilas a las dos preciosidades cae tenía por piernas y ahora observaba sus zapatos con la misma atención.

Les miré a los tres.

Recordando a Bárbara, a todo lo que me había contado Bárbara.

Fue entonces cuando me decidí a hablar claro, es espera que de ellos brotara alguna luz.

—Yo veo las cosas de este modo, señores —dije—. Un sabio de cabo Kennedy viaja al otro lado del telón invitado allí por varios sabios más. Durante su estancia en los centros espaciales de ese país, ve cosas sumamente interesantes para el Gobierno de los Estados Unidos, y por su propia cuenta y riesgo decide fotografiar todo cuanto puede, desde... pongamos la corbata, un paquete de cigarrillos «Kamel» o «Chester»..., o desde un encendedor cualquiera, pongo por caso, ¿no?

Hice una pausa, y en vista de que ninguno de los tres me interrumpía y que la propia Eve observaba atentamente la negra pantalla del televisor, como si de allí esperara ver brotar cualquiera sabía qué ser extraterrestre, añadí:

—Una caja de habanos se compra en cualquier parte del globo, ¿no? Y es ahí donde entra una vez más la inteligencia de nuestro sabio, cuyo nombre callaré por ahora. Él también compra una, pero contra todo pronóstico no la quiere para fumarse los puros, sino para otra cosa. Es decir, no toca el tabaco, sino la caja. Es en ella donde guarda toda esa documentación que posee. Toda..., quemando después o destruyendo todo lo que signifique un rastro. ¿Es o no es así?

Sin esperar a que me respondieran, añadí:

—No obstante, quizá al llegar aquí... cualquiera sabe quién y por qué medios, averigua lo de la caja..., o tal vez le siguieron desde el otro lado del telón. Sea por lo que fuere, nuestro hombre se

asusta y es entonces cuando hace un paquete y lo envía por correo. No a su nombre, sino al de un completo desconocido. Me siguen; ¿verdad?... Pues, siendo así, continuaré... A un nombre cualquiera, al primero que se le ocurre. Al de un locutor de radio cuyo nombre conoce tal vez porque su hija le habló de él o quizá porque también lo oía de cuando en cuando en su tiempo libre. Sólo un nombre: Tony Gruber sin saber que aquello va a causar su muerte.

En aquel momento, Donovan me interrumpió.

—¿Sí, tipo listo? ¿Y por qué a un locutor de radio y no a sí mismo? Esto es lo que hubiera hecho cualquiera.

Me permití una sonrisa mientras que Eve me miraba ahora, con los ojos brillantes como dos estrellas.

—Correcto, teniente, eso es lo que hubiera hecho cualquiera, pero la persona a la que me refiero no es ser vulgar, sino una persona con un cerebro privilegiado, que piensa. Sabe, está seguro de ello, de que un locutor, una locutora de radio, si la segunda recibe por ejemplo, una caja de bombones, lo más lógico es que se los coma, y luego tire la caja, ¿no? Pues es así teniente, sobre todo cuando se es locutor de un programa como el de la DWD, ¿entiende? Ella se come los bombones y guarda la caja. Es... un recuerdo de un admirador, de una amiga, de una chiquilla. Él, se fuma los puros y también guarda la caja. No es que colecciona, no, pero la guarda. ¿Cómo recuerdo? ¿Sentimentalismo? ¿Porque recuerda cada vez que la ve a la persona que le envió el regalo, la mayoría de las veces un completo desconocido para él? Sea por lo que sea, la guarda, ¿me va entendiendo, Donovan? No quiero decir con esto que la conserve de por vida, ni mucho menos, pero antes de que la tire, habrán pasado meses o tal vez años, y en eso confiaba. En ponerse en contacto con él, y pedirle la caja. Sólo la caja y no los puros, teniente.

—¿Sí...? ¿Y por qué la caja?

—Porque es allí donde queda todo. Dentro de un simple punto. En el interior de una letra, en el ojo la dama que representa la marca «Romeo y Julieta», cualquier rendija, en cualquier rincón, pero en la caja y no en los habanos, teniente. De eso no le quepa menor duda. Razono así, porque Tony Gruber, de ser de otro modo, hubiera encontrado el microfilm dentro de la caja tan pronto como la abrió, y no fue así.

Callé, esperando.

Fue muy poco.

Apenas unos segundos y Donalson preguntó:

—¿Quién le contó todo eso, Forrester?

—¿Acaso no es cierto? —pregunté a mi vez.

—De acuerdo, lo es. ¿Quién fue, Forrester?

—Una mujer llamada Bárbara Latinguer. La hija de Clifford Latinguer...

Ambos se pusieron en pie como impulsados por un resorte.

—¡Diablos, Forrester! No nos diga que *miss* Latinguer se encuentra en Nueva York tal y como están las cosas.

—Se hospeda en el Majestic,

G-Men

—fue lo que respondí.

Volvieron a mirarse y fue en aquel momento cuando Mac Parsons formuló una de sus geniales preguntas:

—¿Le dijo ella quién acompañaba a su padre cuando descendió del avión en el aeropuerto de La Guardia?

—Si supiéramos eso, federal, el misterio habría dejado de serlo.

—Lo que quiere decir que *miss* Latinguer no sabe si su padre vino o no acompañado, y eso nos deja en el principio de todo.

Hicimos una pausa.

De nuevo, una vez más, la silenciosa Eve examinaba sus piernas.

Una pausa que rompí al cabo de unos cuantos segundos, después de lanzar una fugaz mirada a Eve, con una pregunta:

—¿Qué dijo el Departamento de Balística respecto a la «Luger» que se le encontró a ese hampón, teniente?

Donovan tardó un poco en contestar, pero cuando lo hizo fue con la verdad:

—Era la misma automática que sirvió para asesinar a Gruber, Forrester.

—Sí, claro, es lo que suponía, y esto nos apunte dos nuevas posibilidades.

Recibí la pregunta de Donalson:

—¿Qué posibilidades son ésas, Forrester?

—Sencillamente, que fue contratado para buscar la caja de puros. Para robársela a Anthony Gruber y que luego le liquidaron, a su vez, por asesinarle. La muerte de un locutor levanta tanta o más

polvareda que cuando se asesina a un policía —repliqué.

Era verdad, por lo que ninguno de los tres dijo nada al respecto.

Se pusieron en pie, y fue entonces cuando formulé la siguiente pregunta:

—¿Qué se sabe de la desaparición de míster Clifford Latinguer, Mac Parsons?

El federal me miró arqueando ambas cejas.

—¿También está enterado de eso, Forrester? ¿Quién se lo dijo? ¿La señorita Latinguer?

—Seguro. Míster Latinguer tomó tierra el aeropuerto de La Guardia, que abandonó minutos más tarde, y ya no se ha sabido nada más de él. Sé que tanto ustedes como la CIA lo están buscando, pero sin resultado positivo.

Mirándome fijamente, Donalson preguntó:

—¿Qué piensa usted de esa desaparición, Forrester?

Miré a Eve.

Ensimismada en la contemplación de sus preciosas extremidades, ni se dio cuenta de eso, por lo que volví los ojos al rostro del federal, aunque era mucho más feo, claro.

—Quizá haya muerto,

G-Men

—dije.

Hizo una mueca, una seña al teniente Donovan, y los tres se volvieron en dirección a la puerta.

Sin pronunciar palabra, Eve se puso en pie, y los cinco nos encaminamos en silencio hacia allí, que rompió Donovan dirigiéndose a Eve:

—Perdone la invasión de su apartamento, señorita Mac Dugal —dijo.

Ella le dedicó una sonrisa.

—Venga cuando quiera, teniente —repliqué.

Pero yo sabía que estaba mintiendo como un bellaco hembra.

No obstante, no lo dije.

Me limité a esperar que se marcharan con la recomendación de que si averiguaba algo, lo comunicara directamente al Departamento Federal.

Dije que así lo haría, pero estaba pensando en lo contrario.

Y al fin nos quedamos solos, los dos frente a frente,

observándonos como dos extraños.

—¿Qué diablos te pasa que estás tan callada? —pregunté más por romper el silencio que me ahogaba que por otra cosa.

Me dedicó una sonrisa, se colgó de mi brazo y me condujo al *living*.

—¿Quieres un *whisky*? —preguntó.

Consulté el reloj.

—De acuerdo, querida —dije—, si te das prisa en servírmelo.

No respondió.

Se fue dejándome solo, para regresar a mi lado a los pocos minutos, llevando en las manos dos altos vasos más que mediados de licor, con cubitos de hielo.

Me dio uno y se sentó en el sofá, cabalgó una pierna sobre la otra; me puse a sudar, y dijo:

—¿Vas a quedarte?

Respondí con otra pregunta:

—¿No tenías una cita?

Hizo una mueca burlona y sus bellos ojos chispearon.

—¿Con quién? ¿Con Ferguson? ¡Claro que sí pero no voy a ir!

—¿Por qué?

—Porque es un estúpido. No sabe hacerle el amor a una chica con unas piernas como las mías —y por si fuera poco se las volvió a mirar—. Él sólo habla de sus viajes, de lo que gana en la emisora. De la última vez que estuvo tras el telón, pero de nada más. Aburrido. Dick, amor.

—Eso no fue lo que...

—¡Cierto que no fue lo que te dije, cielo Deseaba darte celos por no gustarte mis piernas... y lo conseguí!

No respondí.

Me limité a beber mientras pensaba.

Pero fue ella la que rompió el silencio tan pronto como terminé.

—Dick...

—¿Sí...?

—Vas a casarte conmigo, ¿verdad?

La miré, y sonreí.

—Quizá sí —dije—, pero no es seguro.

Sus ojos brillaron cuando se puso en pie y se me acercó.

—¿Ni aun así, Dick, querido...?

No tuve tiempo de contestar, porque con un ligero grito se precipitó entre mis brazos.

Lo demás no lo recuerdo, palabra.

No podía dormir.

Sin saber cómo ni por qué, las palabras de Eve danzaban en el interior de mi cerebro.

Era una idea que intentaba abrirse paso y que tan pronto como aquello ocurría se desvanecía al instante sin dejar rastro, para volver de nuevo, a los pocos segundos o minutos..., sin resultado positivo.

Eve había dicho algo trascendental.

Algo que ahora escapaba a mi mente.

Tentado estuve de despertarla, pero no lo hice, por lo que continué pensando, torturando mi cerebro, forzándolo al máximo, hasta que de un modo repentino las palabras de Eve volvieron a estallar en el interior de mi cerebro, pero ahora llenándolo de luz.

¡Cristo!

Allí estaba todo, delante de mis ojos, aunque pudiera no ser verdad y sólo unas frases más o menos hechas, que no conducían a nada.

Me levanté sin producir un solo rumor, tomé la «Magnum», comprobé la carga, y satisfecho en extremo, abandoné el dormitorio y me encaminé al *living*.

Allí dejé una nota para Eve, y del mismo modo, como que un ladrón, abandoné mi apartamento y salí la calle.

A la luz del tablero del «Mercedes», consulté la nota que Sandra Warren me diera.

Leda Morton, telefonista de la DWD.

Y sus señas.

Un listín telefónico.

Eso era todo.

Busqué un bar, conduciendo lentamente por las desiertas calles, notando cómo, a medida que los minutos transcurrían, mi nerviosismo iba en aumento.

Pero aquello era completamente inevitable.

Encontré uno.

Un café.

Me lo bebí lentamente, mientras consultaba el listín.

Allí estaba.

En la Greenwich Avenue.

Regresé al «Mercedes» y conduje hacia allí todo lo más rápidamente posible.

Su rostro, hermoso en demasía, lleno de recelo y estupor, que desapareció tan pronto como le dije mi nombre y qué era lo que deseaba de ella.

Hizo esfuerzos por recordar, hasta que finalmente me dijo lo que deseaba saber.

Me fui minutos más tarde, y de nuevo frente al volante, llevé el «Mercedes» hasta el Majestic.

Bárbara Latinguer me abrió la puerta, con estupor.

Y estaba soberanamente hermosa bajo aquella especie de bata que se había puesto, bajo la cual ya no había otra cosa como no fuera ella misma.

—¡Dick!... —susurró al verme—. ¿Puedo saber qué hace aquí, a esta hora de la madrugada?

Forcé una sonrisa.

—¿Quiere ayudarme? —pregunté a mi vez.

Me miró expectante.

—¿Es por causa de mi padre? —preguntó.

—Sí —dije sin una sola vacilación—, pero puede ser peligroso para usted.

—Espere un momento, que voy a vestirme, pesquisa.

No respondí y me dejó solo en el interior de una de las piezas de la *suite* que había alquilado para ella sola en el hotel.

Bárbara regresó a mi lado minutos más tarde y ni siquiera me fijé en la ropa que llevaba puesta, y cosa completamente rara, en sus piernas, lo que era completamente imperdonable a pesar de lo que Eve pudiera decir en contra.

—¿Nos vamos? —preguntó, apenas encontrarse a mi lado.

Asentí en silencio y abandonamos el hotel.

Ya en el interior del «Mercedes», pregunté:

—¿No desea saber adónde la llevo, señorita Latinguer?

Me sonrió.

No sé cómo pudo hacerlo, pero fue así.

—¿Para qué, si ya lo sé, Dick? Vamos en busca del asesino de mi

padre, ¿verdad?

Asentí en silencio, y a continuación añadí de viva voz:

—Así es, pero como ya le dije, esto puede constituir un peligro mortal para usted, Babs.

Su sonrisa se amplió.

—Llevo una automática en el bolso, querido —dijo—. Ahora, ¿qué quiere que haga yo? ¿Qué papel voy a representar en todo esto?

Lentamente, mientras rodábamos sobre el asfalto, se lo expliqué.

Luego guardamos un silencio casi religioso, hasta que nos separamos.

CAPÍTULO VIII

Llegué a la esquina, miré a todos lados y empecé a rodear aquel edificio de apartamentos.

La escalerilla de emergencia para caso de incendio.

Me detuve muy cerca y volví a mirar.

Nada.

Silencio.

Ni un agente, ni pasos, ni una sola sombra... Y en fin, como acababa de pensar, nada.

Me acerqué a la escalera y me sujeté al pasamanos.

La mía resbalaba sobre el hierro.

Transpiraba.

Y no por mí precisamente, sino por lo que pudiera ocurrirle a Bárbara Latinguer.

Consulté el reloj.

Cinco minutos, de los cuales sólo habían transcurrido dos.

Quedaban tres, que se me iban a hacer tan largos como el infinito.

Volví a mirar a mi alrededor preguntándome cuánto tiempo tardaría aún en pasar por allí el agente nocturno de ronda y si tendría tan mala suerte de que me viera cuando empezara a subir por la escalerilla.

Por segunda vez miré la esfera de mi reloj.

Un minuto.

Sesenta segundos.

Menos que un soplo, pero que podían representar el breve espacio de tiempo que existe entre la vida y la muerte... de un hombre o de una mujer.

Mi transpiración se acentuó.

Y una vez más consulté el reloj.

Cinco minutos justos.

Miré alrededor.

Nada.

Siempre nada.

Entonces introduje la mano en la funda de la axila, tomé la «Magnum» y la introduje en el bolsillo derecho de mi americana.

Empecé a subir.

Uno, dos, tres, cuatro peldaños...

Muchos peldaños más, hasta que alcancé el apartamento que deseaba.

Pasé una pierna sobre la barandilla de la terraza y me acerqué a la acristalada puerta que daba acceso al interior.

La abrí y entré llevando la «Magnum» en la mano. Una sala de estar...

No me fue difícil orientarme hacia las cortinas del fondo tras las cuales me oculté, esperando.

Fue bastante, hasta que oí el zumbador de la puerta. Abandoné las cortinas y en dos zancadas me encontré junto a la puerta de entrada al *living*.

De ahí a la de la calle sólo había un paso.

Escuché.

Y lo hice, sabiendo que de todos modos, aquello era el final.

Una voz de hombre, otra de mujer, y finalmente la de Bárbara Latinguer.

Pero no pude entender las palabras, por lo que pegué el oído a la hoja de la puerta.

Casi en el acto oí la voz del hombre:

—¿Qué fue lo que dijo antes, señorita...?

—Latinguer.

—Sí, claro, eso fue lo que dijo. ¿Y qué quiere a estas horas?

Hubo una ligera pausa, que se me antojó siniestra.

—Noticias de mi padre.

—¿Cómo...? Oiga, ¿no estará equivocada?

—No. De ningún modo. Él me escribió desde allá ¿comprende? Le conoció a usted y me dijo que ambos volverían juntos a Estados Unidos —aquella era una mentira como un templo, pero Babs, siguiendo un plan premeditado, lo dijo así—: ¿Qué fue lo que le ocurrió? Usted lo sabe.

Siguió un silencio y la otra mujer continuó callada, ya que fue el

hombre el que habló una vez más:

—Creo, muchacha, que se equivoca.

—¿Sí...? Entonces, ¿quiere decirme qué fue lo que ocurrió con cierta caja de puros? Apuesto a que usted se la arrebató cuando supo la verdad de lo que contenía y...

—¡Mátala! ¡Mátala ahora mismo! ¿Es que no te das cuenta de que lo sabe todo?

Empujé la puerta y entré.

—Usted no va a matar a nadie más Ferguson —dije.

Casi no pude terminar.

Pool Ferguson, locutor de la DWD del Distrito V, con una seca maldición, se volvió hacia mí llevando la mano a la funda de la axila.

La vi brillar casi frente a mis ojos, oí gritar a Bab y me eché a un lado con la mía, con la que disparé cuando ya el plomo de la «*Parabellum*» que empuñaba me taladraba la hombrera de la americana.

Cayó hacia atrás con un agujero en medio de la frente y delante de mis ojos vi cómo Mónica Ricks corría hacia la puerta que daba acceso al exterior del apartamento.

Levanté la «Magnum», dispuesto a meterle una bala en una de sus bellas piernas, pero no llegué a tiempo.

Babs, con un ligero grito, se lanzó contra ella y ambas rodaron por el suelo luchando como dos gatas furiosas.

Me acerqué, y puse paz de un solo manotazo.

Al segundo siguiente nos enfrentamos los tres, en silencio, yo con la automática en la mano.

Fui el primero en hablar.

—Vamos, Mónica —dije—. Siéntate, ¿quieres?

—¡Cerdo! —Fue la respuesta que obtuve—. ¡Le has matado! Tú..., tú le has matado...

Miró a Bárbara, que se mantenía en silencio, horriblemente pálida, y se dejó caer en uno de los sillones.

Entonces pregunté:

—¿Cómo fue, Mónica?

Tragó saliva.

—Él... él me metió en esto, Dick. Éramos muy amigos, ¿comprendes?, a pesar del papel que representamos frente a ti y...

y...

Se interrumpió y respondí:

—Es lo que pensaba que dirías, preciosa.

Me miró fijamente, desvió los ojos hacia el cadáver de Ferguson, volvió a mirarme y preguntó:

—¿Y qué esperas de mí, una confesión?

—Sería mucho mejor para ti, Mónica.

Vaciló por espacio de varios segundos, de nuevo vi cómo tragaba saliva y acto seguido dijo:

—No hay confesión, Dick. Es decir —se contradijo a sí misma—, la hay, pero no del modo que tú quieres. Yo... no tuve nada que ver en esos asesinatos. Nada. Fue cosa de Pool, y te estoy diciendo la verdad, y eso es lo que voy a declarar en cualquier tribunal y bajo juramento.

—De acuerdo, querida —dije—. ¿Cómo ocurrió todo? Respondió con otra pregunta:

—¿No lo sabes tú, tipo listo?

Forcé una sonrisa, que creo no salió del todo mal.

—Sé algunas cosas, Mónica —respondí—, pero no todas.

—Y deseas que yo te las diga, ¿verdad?

—De acuerdo. Así es.

Tardó en responder.

Tanto, que ya estaba empezando a preguntarme si no sería mejor llamar al FBI, sin más dilaciones, cuando empezó a hablar:

—Fue a causa de Pool, como te dije, pero la cosa ya empezó al otro lado del telón. Como ves, Dick, a muchas millas de distancia de Estados Unidos..., y ni el mismo sabía lo que iba a ocurrir. Ésa es otra gran verdad, aunque te parezca increíble. —Hizo una breve pausa que no interrumpí, y prosiguió—: El encuentro entre Pool y míster Latinguer fue completamente casual, así como también lo fue que el segundo estuviera en aquel momento pasando un mal momento psicológico. Sea por lo que fuere, míster Latinguer estaba asustado. Por todas partes veía agentes del contraespionaje, hasta que terminó por confesarle a Pool todo lo que había hecho, y recabando su ayuda, temeroso de ser detenido impidiéndole con esto el regreso a los Estados Unidos. Pool se quedó con la caja de puros hasta que ambos llegaron a Nueva York. Y cuando... cuando míster Latinguer pidió que se la devolviera..., Pool..., Pool...

No terminó.

Ni hacía falta, a juicio de Bárbara y mío.

La oí sollozar, pero no podía consolarla, así como tampoco podía acercarme a ella perdiendo de vista Mónica, aunque sólo fuera cuestión de segundos.

Por tanto, sin hacer caso a sus sollozos, pregunté:

—¿Qué hizo con el cadáver de mister Latinguer?

—Reposa en el fondo del Hudson, con una pesa ex los pies, Dick.

Oí claramente cómo Bárbara se desplomaba sobre uno de los sillones, pero tampoco me volví a mirarla por lo que pregunté:

—¿Qué esperaba conseguir Ferguson con todo esto, Mónica?

Arqueó una ceja.

—Iba a ponerse en contacto con cierta embajada, querido, pero no pudo hacerlo. Ahora... ya no lo hará. Vacilé un poco ante de formular la siguiente y nueva pregunta:

—¿Qué contenía esa caja de puros, Mónica?

Me sonrió.

Aún hoy no me explico cómo pudo hacerlo, pero sonrió.

—Todo un plan espacial —respondió—. Algo verdaderamente interesante para nosotros. Planos, cifras, proyectos..., que nos dan la medida exacta del adelanto de ellos sobre nosotros... o su atraso, ya que de eso no entiendo nada. Pero en fin, sea como sea, ése documentó vale una fortuna en dólares, Dick. Millones. Incluso nosotros mismos lo pagaríamos, y mucho más, ahora que el hombre ha conseguido pisar la Luna.

—Ese documento —pregunté—, ¿dónde se encuentra?

—Te reirías si te lo dijera.

—Dímelo, y ya veremos.

Siguió una pausa que duró segundos.

—En la «y», querido. Todo está dentro de esa letra, ¿comprendes? «Romeo y Julieta», ¿no? Pues esa «y» es clave de todo.

Pensé.

Más preguntas.

Sí, quizá sí.

Formulé una:

—¿Dónde se encuentra la caja, Mónica?

—La tengo yo aquí, en el apartamento.

¿Había algo más que preguntar, antes de llamar al FBI?

Sí claro.

Lo hice.

—¿Quién remitió la caja de puros a Tony Gruber, muchacha?

—Lo hizo Pool. Él, como todos sabemos, guardaba cosas durante mucho tiempo. Luego..., bueno, podía tirarla o no, pero antes de que se decidiera a hacerlo, habrían pasado semanas, o meses. El tiempo suficiente para que...

La interrumpí con una pregunta más:

—¿Por qué matar a Gruber, Mónica? Las cosas pudieron...

A su vez me interrumpió:

—Eso fue un error, Dick. Como comprenderás, Pool no deseaba intervenir abiertamente en todo esto y alquiló a unos cuantos hampones. Uno para que fuera a la emisora y tratara de conseguir la caja de habanos. Pool mató a ese hampón, porque éste no llevaba la orden de asesinar a Tony, ¿comprendes? Pool podía ser un cerdo, un asesino, todo lo que tú quieras, pero era amigo de Tony y le vengó. Por lo menos... eso fue lo que él me dijo.

¿Había más cosas que preguntar?

Desde luego, sí, pero no lo hice.

Para mí ya estaba todo claro, diáfano como el cristal.

El «Pontiac» azul del FBI, el blanco convertible de los hampones, la vigilancia de éstos sobre mí, unida a la del FBI, que se me echaron encima tan pronto como empecé a hacer preguntas y que a Eve y a mí nos libraron de una muerte cierta cuando, por casualidad, descubrieron que alguien, además de ellos, me vigilaban a mí...

Como en sueños, mientras continuaba pensando, oí las palabras de Mónica:

—Nadie, ni el propio Pool, podíamos pensar que esa cantante y bailarina del Choco contrataría a un detective privado para que éste tratara de descubrir al asesino de Tony. Y todo por un estúpido agradecimiento.

No respondí.

Sin dejar de vigilarla, me acerqué al teléfono y empecé a disar.

Tres horas más tarde, en el transcurso de las cuales no dejaron de hacernos preguntas a ninguno de los tres, incluyendo a Bárbara, se llevaron a Mónica, acusada de complicidad en uno o varios

asesinatos, y yo fui a buscar a Eve.

Sospechaba que estaría enfadada, pero confiaba que cuando lo supiera todo me perdonaría, como así fue en realidad.

Dos semanas más tarde, ya casados, Eve y yo recibimos una agradable sorpresa. Además de los tres mil dólares que Sandra Warren me pagó cuando terminé con aquel caso, Bárbara, desde cabo Kennedy, nos envió un talón por veinticinco mil, como regalo de boda para los dos.

Y lo único que siento, es que Eve fué la que se quedó con él, diciendo que había que ahorrar para cuando llegaran los hijos.

Quién me mandaría a mi contraer matrimonio, ¿no es verdad?

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

